BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

EL PUEBLO DORMIDO

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

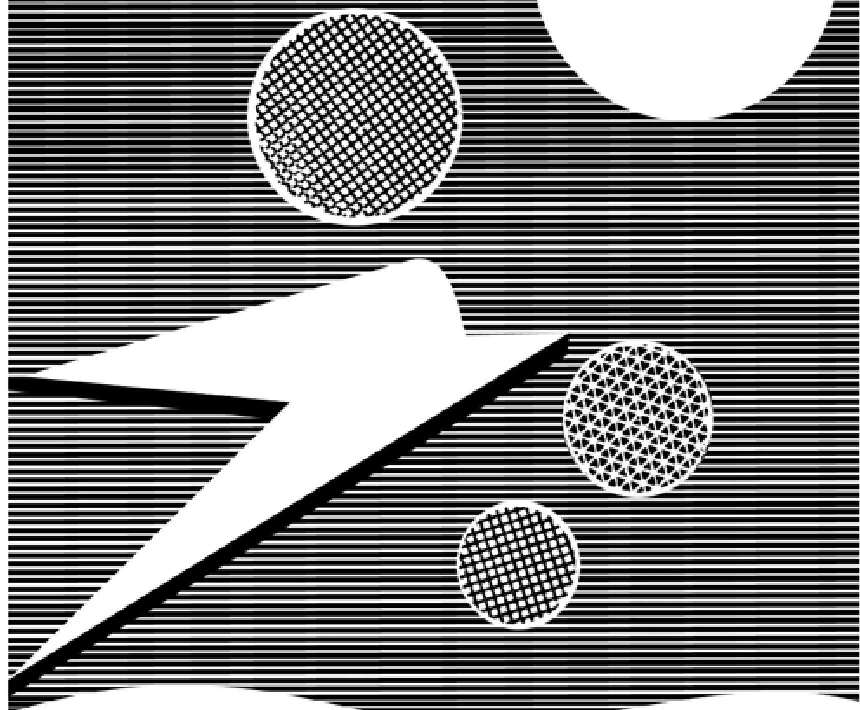
la conquista del ESPACIO

EL PUEBLO DORMIDO

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

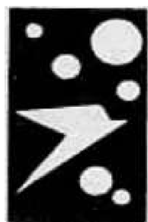
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

258 - Fuente de vida y muerte - *Glenn Parrish*
259 - El maldito y podrido dinero - *Ralph Barby*
260 - El hombre que quería saber - *Kelltom McIntire*
261 - ¿Quiénes eran "ellas"...? - *Curtis Garland*
262 - La clave del universo - *Glenn Parrish*

CLARK CARRADOS

EL PUEBLO DORMIDO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 263
Publicación semanal
Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S. A.**
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1975

CAPÍTULO PRIMERO

Los altavoces de la nave emitieron un gangoso aviso de rutina:

—Equipo de exploración número dos, alístese para una misión tipo A-l. Jefe accidental de equipo, profesor Karpatz, por sustitución del titular enfermo.

Algunos se asomaron por las ventanillas laterales de la enorme astronave, que descendía lentamente hacia el suelo del planeta. La mayoría de ellos ni se preocuparon: sí, era una misión de rutina. Llevaban ya explorados demasiados planetas para conmoverse por uno más, por mucho que sus características se pareciesen a las de la Tierra.

Dexter Duane formaba parte del equipo número dos. En realidad, tendría que haberlo dirigido; contaba ya con méritos más que suficientes para ocupar el puesto del doctor Lawrence, atacado de una enfermedad que los galenos de la nave no habían podido diagnosticar claramente todavía; pero no se mostraba demasiado resentido por una postergación que más de uno había considerado injusta.

La nave se estremeció ligeramente, cuando las dos patas del tren de aterrizaje tocaron el suelo del planeta. Los instrumentos habían hecho ya el análisis de la atmósfera; era perfectamente respirable.

Una grúa empezó a bajar a tierra los equipos individuales. El profesor Karpatz se acercó a la escotilla. Contestó con displicencia a los saludos que le dirigían sus subordinados.

Dexter le contempló críticamente, Karpatz era un sujeto tremendamente alto y fornido. Medía un metro noventa y cinco centímetros de altura y poseía la fuerza muscular de un toro joven, a pesar de sus cuarenta y tantos años. En su barba, negra, espesa y corta, no se divisaba todavía una sola cana.

Nadie sabía de dónde había salido el profesor Karpatz. Era una autoridad en arqueología galáctica, eso todos lo habían podido comprobar sin la menor duda. Sin embargo, ni uno solo de los

tripulantes podría decir en qué lugares había estudiado Karpatz ni la Universidad o Universidades que habían expedido sus títulos. En realidad, ni siquiera pertenecía a la dotación de la *Retriever VI*, que tal era el nombre de la astronave de exploración.

Karpatz había aparecido casi de repente, en una de las estaciones de aprovisionamiento, cuando la *R. VI* se detuvo para reponer víveres y algunos pertrechos, antes de cumplir los treinta meses de su período de exploración. Karpatz había subido a bordo, con una carta para el capitán Withold, comandante de la nave. Withold no había comunicado a nadie el contenido de la carta, pero había alistado inmediatamente al profesor.

La mayoría de los componentes del equipo de exploración solían bajar en la eslinga que servía para la carga y descarga de los bultos, metiendo simplemente el pie en el lazo inferior. Karpatz, altivo y distante, ordenó que se enganchase una plataforma, en la cual bajó erguido, silencioso y frío.

Dexter cambió una mirada con Jimmy Corrigan, otro de los miembros del equipo. Corrigan tenía dos años menos que él y era de carácter extrovertido, alegre y jovial.

—¿Digerirá el palo? —murmuró Jimmy de pronto.

—¿Qué palo? —preguntó Dexter, ingenuo.

—El que se ha tragado, hombre. ¿No ves lo tieso que está?

Dexter sonrió.

—Es su carácter —dijo—. No te preocupes ni le des más vueltas. Y, a propósito, ¿has visto la montaña?

—Vagamente —Jimmy fingió un bostezo de aburrimiento—. He visto ya tantas montañas...

Descendieron al suelo. Cada uno de los componentes del equipo tomó sus objetos personales. Dexter cargó a la espalda una mochila con algunos alimentos, agua y algunos instrumentos de detección y medida. También, como todos, llevaba un pequeño transmisor individual.

—Caballeros...

La voz de Karpatz sonó de pronto, llamando la atención de los componentes del equipo. Media docena de hombres formaron corro en torno al profesor.

—Eh, ¿dónde está Pat Holton? —preguntó Jimmy de repente.

—¿Por qué le interesa a usted esa señorita? —preguntó Karpatz.

—Es miembro del equipo, profesor.

—Está en un error, señor Corrigan. La señorita Holton ya no pertenece a este equipo.

Dexter frunció el ceño. Nunca, ningún jefe de equipo, había destituido a ninguno de sus miembros, sin antes consultarlo con los restantes y exponiendo previamente los motivos de la destitución.

Karpatz, por lo visto, lo había hecho, no sólo sin respetar la costumbre, sino sin manifestarlo públicamente hasta el último instante.

—¿Le ha hecho daño Pat, profesor? —preguntó Jimmy.

—No tengo que darle explicaciones, señor Corrigan.

—Pat es una excelente geólogo y una competente botánico. Hasta ahora, el doctor Lawrence no ha tenido la menor queja de ella...

—El doctor Lawrence está enfermo y el jefe de este equipo soy yo. ¿Alguna pregunta más, señor Corrigan?

Jimmy apretó los puños. Dexter le dio una patada disimulada en el tobillo. «No te comprometas», venía a decir.

—No, ¿para qué? —dijo Jimmy displicentemente.

—Lo celebro —contestó Karpatz con su frialdad habitual—. Y después de este incidente, caballeros, permítanme explicarles las líneas maestras de mi plan de exploración.

Karpatz habló durante unos minutos, con un mapa en las manos. Al terminar, preguntó si había dudas. Nadie dijo nada.

—Está bien. Señor Corrigan, tome esa mochila —ordenó.

Jimmy meneó la cabeza.

—Yo pertenezco al equipo número dos, pero esa mochila no me pertenece a mí. Llévela usted, si tanto le interesa —dijo, tajante.

—Me disgustan los hombres indisciplinados —dijo Karpatz.

—Y a mí los jefes de equipo que actúan sin consultar mínimamente a sus subordinados. ¿Está claro, profesor?

—Por favor —intervino Dexter—, dejémonos de piques o no acabaremos nunca. Yo me haré cargo de ese paquete.

—Gracias, señor Duane —dijo el profesor—. ¡Vamos, al auto!

La grúa había hecho descender un coche «todo terreno», movido por una diminuta pila solar, que generaba electricidad para sus dos motores. Había capacidad suficiente para seis personas y una carga de dos toneladas. En la plataforma de carga se divisaban un par de propulsores individuales.

Jimmy se hizo cargo de los mandos. El coche arrancó en dirección a la montaña que se veía al fondo, recortándose solitaria contra el horizonte.

La atmósfera era clara, de gran transparencia, lo que engañaba al ojo. La montaña estaba más lejos de lo que parecía.

Una hora más tarde, Karpatz levantó una mano.

—¡Alto!

Jimmy frenó. Karpatz saltó del coche, con una cámara fotográfica en las manos, y se dirigió hacia una losa vertical que se veía a unos cien pasos de distancia.

—Parece una sepultura —comentó Jimmy.

Dexter se apeó y echó a andar tras el profesor. De repente,

Karpatz pareció presentirle y se volvió.

—No he dado orden de que nadie abandone el vehículo —dijo con voz glacial.

Dexter se quedó cortado.

—Profesor...

—Vuelva al coche y no se apee nunca sin orden mía.

—Sí, señor.

Cuando ocupaba su asiento de nuevo, Jimmy lanzó una risa amarga.

—Nos vamos a divertir con este nuevo Nerón —comentó.

Detrás de los dos, Roberto Julve tomó una fotografía con su cámara, dotada de teleobjetivo. Era, además, de revelado instantáneo.

Dexter oyó el «click» del disparador y volvió la cabeza. Julve sonrió, a la vez que señalaba la cámara.

—Luego sabremos qué hay en esa sepultura —dijo.

Karpatz estaba ya frente a la lápida y encaraba él objetivo de su cámara. Tomó un par de placas y emprendió el regreso. Estaba muy serio, observó Dexter. Incluso creyó ver en su frente unas gotitas de sudor que no podían ser atribuidas a la excelente temperatura reinante, como tampoco a los doscientos metros de aquella corta caminata.

Karpatz llegó junto al coche y miró de reojo la cámara de Julve, bien distinta a la suya. Pero no dijo nada, limitándose a ocupar su puesto. Jimmy arrancó en el acto.

Julve viajaba en la última hilera de asientos. Sacó la placa impresionada y la contempló con gran detenimiento.

Torció el gesto. El teleobjetivo no había sido suficiente para captar con nitidez los signos grabados en la losa funeraria. Necesitaría una lupa, que ahora no tenía a mano.

Dejó que se secase la cartulina y la guardó en el bolsillo.



—¡Alto!

La voz de Karpatz sonó como un trallazo. Jimmy, sobresaltado, pisó el freno, haciendo que el coche se detuviera casi en seco.

Durante unos momentos, todos los miembros del equipo permanecieron en completo silencio, estupefactos ante la insólita visión que se ofrecía a sus retinas. Estaban a unos doscientos metros de la base de la montaña y, como los demás, Dexter se dijo que no se hallaban preparados para contemplar el increíble espectáculo que tenían ante sus ojos.

Había casi seiscientos metros de la base de la cima a la montaña,

que parecía un cono de superficie irregular y de unos quinientos metros de diámetro máximo. Una escalera de amplios peldaños arrancaba de la base, dividiéndose en distintos ramales que se esparcían por las laderas del cono.

Veíanse numerosos muros, con ventanas. En algunos sitios, aquellos muros, completamente verticales, medían cien metros, como rascacielos parcialmente incrustados en la montaña. Había escaleras por todas partes: subían, bajaban, se retorcían, a veces eran espirales, pero permitían la fácil comunicación entre los millares de viviendas que se adivinaban más que se veían en su totalidad.

Los exploradores permanecían mudos, abrumados por aquella fascinante visión. Dexter no era el menos admirado por la ingente labor de unos seres que, por el momento, no se habían hecho visibles.

Porque el mérito principal de aquella obra consistía en que la montaña era un gigantesco cono de roca y no había en ella una sola obra que no procediese del tallado y la excavación. No se veían piedras de formas regulares que compusieran una pared o un tejado o una tapia; todo había sido realizado a fuerza de instrumentos y herramientas, en las que los picos y los cinceles habían tenido parte principal.

—Parece un hormiguero de termitas —comentó Julve.

—¿Lo habrán hecho personas? —dijo Jimmy.

—Caballeros, donde vean escaleras, tengan siempre presente la existencia, pasada o presente, del bípedo erguido que es el hombre.

La voz de Karpatz tenía un tono declaradamente enfático. Dexter ahogó una sonrisa. El tipo le resultaba antipático, pero quería a toda costa evitar un incidente.

—¿Vamos a explorar esa ciudad, profesor? —consultó alguien.

—Sí. Julve y yo subiremos en los propulsores individuales. Los demás, pueden caminar a pie. Acamparemos al anochecer, en este mismo lugar —decidió Karpatz.

Jimmy saltó al suelo.

—Tengo curiosidad por entrar en una de esas casas excavadas en la roca —manifestó.

Los demás se ocupaban también de sus equipos. Karpatz y Julve se colocaron los arneses de sus propulsores individuales.

—Sígame, Julve —ordenó el profesor.

Los dos hombres se elevaron a las alturas. Dexter se volvió hacia Jimmy.

—¿Vamos?

El muchacho asintió. Los otros dos miembros del equipo caminaban ya hacia el arranque de la escalinata principal.

Emprendieron la ascensión. Habían subido apenas cincuenta peldaños, cuando, de súbito, oyeron un agudo alarido, que descendía

vertiginosamente de las alturas.

Antes de que pudieran darse cuenta cabal de lo que sucedía, Dexter y los demás percibieron el horrendo sonido de un cuerpo al estrellarse contra las losas de un rellano próximo.

Jimmy fue el primero en llegar junto al caído. Un grito de horror escapó de su garganta en el acto:

—¡Es Julve!

Dexter llegó un segundo después. Tenía conocimientos de medicina suficientes para saber que aquel cuerpo retorcido, aplastado, bañado en su propia sangre, no era sino un cadáver.

CAPÍTULO II

Karpatz descendió rápidamente y paró el motor de su propulsor.

—Lamentable —dijo con frío acento.

—¿Qué ha pasado, profesor? —preguntó Dexter.

—No puedo decirlo con exactitud. Julve dijo que tenía dificultades con su propulsor y puso pie en una cornisa, a fin de revisarlo. Yo me acerqué a él y le ayudé a buscar la avería. Al reemprender el vuelo, cayó a plomo.

Karpatz endureció el gesto.

—Haré que el capitán Withold castigue al técnico que descuidó la revisión de este propulsor —añadió.

—Eso no devolverá la vida a Julve —gruñó Jimmy.

—Pero evitará otras muertes por las mismas causas. Yo mismo no me atrevo ya a usar mi propulsor —contestó Karpatz.

—Está bien —dijo Dexter—. Profesor, con su permiso, voy a comunicar el suceso a la nave. Jimmy, encárgate del pobre Roberto.

—Iniciaremos la exploración mañana —dijo el profesor.

Jimmy y los otros asintieron. Dexter sacó su aparato de radio y se puso en contacto con la *Retriever VI*.

—Hola —dijo—. Aquí, Dexter Duane. Tengo noticias y no buenas.

—Hola, Duane —contestó alguien—. Las nuestras tampoco son buenas. Nos vamos.

—¿Cómo?

—Es sólo una salida de emergencia al espacio. Orbitaremos tres o cuatro días en torno al planeta. El analista quiere realizar unas pruebas y, para ello, necesita una habitación en la que se haya hecho el vacío.

—Comprendo —dijo Dexter. El vacío que se hiciera en esa habitación por medio de una bomba neumática, no podía compararse con el vacío del espacio sideral, más fácil de obtener, mediante la sencilla apertura de una compuerta exterior—. ¿Está relacionado con la enfermedad del doctor Lawrence?

—Sí, su estado se ha agravado en las últimas horas y el médico quiere que se analicen determinadas muestras de su sangre en el vacío.

—Está bien, avisen cuando regresen. Y ahora, ahí va mi noticia, que será un disgusto para el encargado de los propulsores individuales. A Julve le falló el suyo y se ha estrellado desde más de doscientos metros de altura.

Sonó un silbido en el altavoz de la radio.

—Se lo diré a Simón Walker —contestó el operador.

—Karpatz está que muerde contra los técnicos —dijo Dexter.

—Ya. Bueno, ¿algo más?

—No, eso es todo.

Dexter cortó la comunicación. Volvió la vista. Jimmy manejaba ya una pala mecánica portátil, para cavar la tumba de Julve.

Karpatz no mostró la menor emoción cuando Dexter le comunicó el despegue de la nave. Durante la ceremonia del entierro, se mantuvo digno y serio. Dexter pronunció la oración fúnebre.

Un poco más tarde, llamó Simón Walker.

El jefe de técnicos echaba venablos por la boca.

—Sabía que iba a ir Karpatz —dijo—. Por tanto, yo mismo me esmeré en revisar los propulsores. No podían fallar en absoluto. Aparte de la revisión que hice con la computadora de piezas del aparato, que dio como resultado un perfecto estado de las dos máquinas, yo mismo revisé a mano, una por una, todas esas piezas. Insisto, no pudo ser fallo.

Dexter había atendido la llamada por sí mismo. Preocupado, estaba pensando en qué actitud tomar, cuando se le acercó Jimmy.

—La máquina no falló —bisbiseó—. Fue Karpatz.

—¿Seguro, Jimmy? —dijo Dexter en el mismo tono.

—Recuerda, Julve tomó una fotografía de aquella losa funeraria a la que Karpatz no permitió que te acercaras.

—Sí, lo recuerdo.

—Esa fotografía ha desaparecido.

Dexter miró largamente a su compañero.

—Karpatz quitó la fotografía a Julve y luego lo arrojó al vacío —añadió Jimmy.

—Es una acusación muy grave.

—Hay motivos, Dexter. Karpatz ya no se ha acercado más al pobre Roberto. Y la fotografía no estaba ya entre sus ropas.

—La dejaría en su mochila...

—No, yo le vi guardarla en el bolsillo superior izquierdo de su mono. Esa fotografía no estaba en dicho bolsillo ni en ninguno otro.

Dexter se acarició el mentón.

—Jimmy, me pregunto qué podía decir la inscripción grabada en aquella losa funeraria —murmuró.

—Karpatz podría explicarnos mucho, si quisiera, ¿verdad?

—Pero estamos en un planeta extraño. Tal vez los caracteres de escritura, o mejor dicho, seguramente, no son los mismos que usamos nosotros.

—Hay arqueólogos a bordo y hay una computadora con todos los alfabetos conocidos hasta el presente. Bastaría con copiar la inscripción, para acabar conociendo su significado, en el supuesto de que no hubiese sido escrito con caracteres terrestres.

—Jimmy, te voy a pedir un favor —dijo Dexter.

—Sí, lo que sea.

—Modérate. No seas impulsivo. No conocemos muy bien a Karpatz, pero sí he podido darme cuenta de que es un sujeto de muchísima influencia. Es tu último viaje de este contrato, ¿no?

Jimmy asintió. Por cada treinta meses de exploración en el espacio, un explorador como Jimmy tenía derecho a otro tanto tiempo de vacaciones pagadas. Luego podía optar entre un segundo contrato de la misma duración o un empleo en el Gobierno de la Tierra.

Pero si cometía un delito o una falta grave, podía perder todos los derechos adquiridos y ser licenciado con nota desfavorable, además de serle cancelado el contrato desde el momento del desembarco en la Tierra, con la consiguiente pérdida de sus sueldos y gajes devengados.

—Está bien, seguiré tu consejo —respondió Jimmy—. Pero Karpatz no me gusta.

—Ni a mí, ni a Simón Walker. Simón jura y perjura que los propulsores se hallaban en perfectas condiciones.

—Entonces, se trata de un asesinato.

—Pero, ¿cómo probarlo?

—Escucha, iré a ver la lápida con mis propios ojos…

—Está a cuarenta kilómetros. No puedes llevarte el coche así que si haces el camino a pie, sin detenerte ni un solo minuto, tardarás de catorce a dieciséis horas, entre ir y volver.

Jimmy torció el gesto, porque reconocía la justeza de la observación.

—Pero un día iré… ¿Le has dicho lo que ha declarado Walker?

—No, Jimmy. Por ahora, prefiero callar.

—Quizá sea mejor así. De todas formas, no me ha gustado nunca. Nunca he simpatizado con él; incluso se me atravesó ya cuando apareció en Kharm XXX y embarcó en la *Retriever VI*. Debe de tener muchas influencias para incorporarse a una expedición que está en la última etapa de su viaje, ¿no te parece?

—Por eso mismo te pido prudencia, Jimmy.

Corrigan miró a su amigo. Dexter era un poco mayor que él, pero conocía sobradamente sus dotes de discreción y la inteligencia que presidía la casi totalidad de sus actos.

—Seré prudente, Dexter —prometió.

El planeta tenía tres satélites, dos de los cuales brillaban en el cielo pasada la medianoche, cuando Jimmy oyó un ligero ruidito.

Abrió los ojos. Un hombre subía al auto en aquel instante y lo ponía en marcha.

El vehículo desapareció en dirección Sudoeste. Iba tripulado por el profesor Karpatz.

Jimmy tardó mucho en dormirse de nuevo. Por la mañana, en un

aparte, relató el incidente a su amigo.

Dexter contempló a Karpatz, que hacía sus abluciones en un arroyo próximo.

—Es muy probable que no sepamos ya qué decía la losa funeraria —murmuró.



Después del desayuno, iniciaron la ascensión, dividiéndose en grupos. Dexter y Jimmy subieron juntos. Karpatz lo hizo solo, por su cuenta. Los dos miembros restantes del equipo tomaron otro ramal de escalera.

Minutos después, Dexter y Jimmy se asomaron a una vivienda. Estaba completamente vacía, con el suelo cubierto de un polvo finísimo, que había penetrado a través de las ventanas no protegidas por vidrios o postigos opacos.

Tampoco había armas, utensilios o muebles que diesen una idea de la clase de civilización a la que pertenecían los constructores de aquella original ciudad.

—Esto sí que es una ciudad de una sola pieza —comentó Jimmy, cuyo buen humor daba señales de regresar.

—Por supuesto, fueron unos seres muy originales. Aparte de la labor tenaz, que debió de durar quizá siglos enteros, tenían un alto sentido de la estrategia.

—¿Por qué dices eso?

Dexter llevó a su amigo hasta una de las ventanas.

—Mira —indicó—, el suelo está completamente liso en un radio de más de dos kilómetros. Si había un bosque, lo talaron de tal modo, que los árboles no han vuelto a crecer. Los que hay, se encuentran a partir de los dos mil metros.

—Terreno despejado, ¿eh?

—Sí, justamente.

—Pero las escaleras permitirían un fácil acceso…

—El primer tramo llega a unos cincuenta metros del suelo, antes de iniciarse los siguientes ramales. Fuera de ese trozo, las paredes son casi verticales y se advierten en ellas señales de haber sido alisadas artificialmente. En el suelo de la primera explanada he visto, y tú también, unos hoyos simétricamente colocados. Debían de ser para insertar en ellos los postes que soportaban alguna barrera artificial, que evitaba el acceso a la ciudad de unos posibles atacantes.

—Entonces, era una ciudad-fortaleza.

—Sí, y muy posiblemente, de la casta dominante de este planeta o, por lo menos, en estos territorios.

—Ah, vamos, una especie de incas siderales…

—Probablemente —convino Dexter—. Pero, ¿cuántos siglos hace ya que murieron? Quizá no lleguemos a saberlo nunca.

—Desde luego, si nos quedamos aquí, jamás lo sabremos —rió Jimmy.

Dexter asintió. Salieron de la vivienda y atacaron una escalera que zigzagueaba a lo largo de los muros inclinados, con numerosos ramales que permitían el acceso a las viviendas talladas en la roca.

Había sido una labor formidable, se dijo Dexter. Pero quizá había costado la vida de millares de esclavos, el mismo precio de las pirámides de Egipto y de tantas obras de semejantes dimensiones. Jamás encontrarían una curiosidad arqueológica con tantos atractivos, pensó.

De pronto, al entrar en una vasta vivienda, situada a unos doscientos metros del suelo, vieron una serie de losas, apoyadas en otras más pequeñas, verticales, en cada una de las cuales había un cuerpo humano.

Dexter y Jimmy se quedaron sin habla, no tanto por encontrar restos de personas que habían vivido años antes y que tenían caracteres enteramente terrestres, como por verlos a todos situados bajo sendas urnas de cristal.

Estupefactos, los dos amigos se acercaron a la primera de aquellas sepulturas transparentes. El estado de conservación del cadáver que había bajo el cristal era perfecto.

—Parece que esté dormido —comentó Jimmy, impresionadísimo.

Dexter estudió a la persona muerta. La observación de Jimmy era acertada.

Había un poco de color en el rostro tostado del individuo, sobre todo, en sus labios. Vestía unos largos ropajes de tela tornasolada y tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Estaba calzado con unas sencillas sandalias, y, casi junto a las manos, se veía un extraño medallón, de unos diez centímetros de diámetro por uno de grueso.

El metal del medallón parecía oro.

Había grabadas en su superficie unas extrañas inscripciones. Dexter tomó un par de placas. La computadora de lenguaje escrito de la nave descifraría las inscripciones del medallón.

—Sigamos, Jimmy —dijo, pasados unos minutos.

Continuaron el ascenso, entrando sucesivamente en numerosas viviendas, en cada una de las cuales había gran cantidad de féretros de cristal, todos ellos ocupados por personas de ambos sexos. La gran mayoría eran jóvenes, aunque también vieron algunos ancianos y niños. Todos, invariablemente, tenían el mismo medallón sobre el pecho inmóvil, lo cual dio una idea a Dexter.

—Es una especie de tarjeta de identidad —dijo.

—¿Lo crees así? —preguntó Jimmy.

—Hay ligeras diferencias en el dibujo. No he visto todavía un medallón igual, a pesar de que todos parecen uno mismo.

—Sí, es probable.

Jimmy continuó andando. De pronto, murmuró:

—Esto es un pueblo dormido… Dexter, ¿y si no estuvieran muertos?

Dexter reflexionó unos instantes.

—Quizá —dijo al cabo—. Pero, en todo caso, ¿cómo despertarlos?

Un cuarto de hora más tarde, entraron en una sala situada ya muy cerca de la cúspide. El ramal de escalera acababa en la entrada de aquella estancia, enorme, de más de cien metros de largo por cuarenta o cincuenta de anchura.

En el interior de la sala había unos trescientos féretros, todos ellos colocados en un orden regular. Pero en el centro, el suelo se alzaba en una eminencia, de forma rectangular, cuya altura era de unos dos metros.

Una escalera de diez peldaños conducía a la plataforma superior de aquel túmulo de piedra, sobre el cual había otro ataúd de cristal.

En el interior del féretro transparente había una mujer.

CAPÍTULO III

Era muy joven, casi una niña, de largos cabellos dorados, peinados en un fantástico moño, que más parecía un casquete de ceremonias. La piel, como la de los demás habitantes del pueblo dormido, era de un suave tono tostado, que hacía aún más agradable su apariencia.

La vestimenta de la joven consistía en un peto dorado, con dos cuencos que encerraban los senos de proporciones perfectas, y una especie de calzones cortos, muy ajustados, de tejido de oro. El medallón de identidad era algo mayor que los restantes. En torno a la frente llevaba una diadema rematada en un animal que tenía la forma de un águila estilizada, de tres cabezas, con las alas desplegadas.

—Si había aquí un culto religioso, ella debía de ser la sacerdotisa de este templo —dijo Jimmy.

Dexter hizo un gesto de asentimiento. Una vez más, se preguntó quién había sepultado allí a todo un pueblo, encerrándolos en sus féretros de cristal.

AI fondo, en una especie de alacena alargada, con tapa de cristal, divisó numerosas armas: arcos y flechas de una forma extraña, lanzas y venablos y también espadas. Pero no había un solo dibujo en las paredes, ni la menor inscripción que pudiera dar algún dato de interés a los exploradores.

De repente, oyeron un grito distante.

Dexter y Jimmy se volvieron instintivamente. El gesto, para Jimmy, resultó un tanto precipitado, porque puso el pie derecho en mala posición, sobre el borde del túmulo. Perdió el equilibrio, manoteó y acabó cayendo sobre el sarcófago de vidrio.

Se oyó un ruido de cristal roto. Dexter se apresuró a socorrer a su compañero.

—¿Te has hecho daño? —preguntó.

Jimmy se arregló un poco las ropas.

—No, en absoluto. Pero ese grito… Siento que el cristal se haya roto; quizá preservaba de la corrupción el cuerpo de esta encantadora joven —dijo.

Algunos trozos de cristal habían caído sobre la muchacha. Jimmy alargó la mano para separarlos. De pronto, lanzó un grito:

—*¡Dexter, está viva!*

Duane respingó. Toda la mitad superior del féretro había saltado por el impacto del codo de Jimmy. Apartó más fragmentos de cristal y luego puso dos dedos sobre la mejilla de la joven.

La piel estaba tibia, asombrosamente suave al tacto.

—Viva —repitió.

—Viva, pero dormida —dijo Jimmy, muy excitado, señalando al pecho de la joven, que se alzaba y descendía regularmente—. Dexter, tenemos que despertarla...

En aquel momento, se abrieron los ojos de la joven.



Una ligera sonrisa distendió los rojos labios de la muchacha. Dexter y Jimmy se aproximaron un poco más al féretro roto.

—¿Puede oírnos? —preguntó Dexter.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Y nos entiende —exclamó Jimmy, pasmado.

La joven se tocó el medallón que yacía sobre su pecho.

—Esperen un poco, por favor —pidió, lentamente.

Dexter y su compañero se miraron, atónitos.

—Está viva, viva...

—¿Qué tratamiento hemos de darle? —dijo Jimmy, preocupado —. ¿Señorita, alteza, majestad...?

—Me llamo Myria.

De pronto, ella se sentó en el túmulo. Alargó la mano izquierda y, con el anillo que tenía en uno de sus dedos, tocó el cristal.

Una nubecilla de vapor se originó en el acto. Segundos después, todo el féretro había desaparecido.

—¡Fantástico! —calificó Jimmy.

Myria se apeó de su lecho. Las piernas le flaquearon ligeramente y Dexter se apresuró a sostenerla.

—Todavía estoy un poco débil —sonrió ella.

—Pero, ¿cómo es posible que la entendamos y que ella nos entienda? —exclamó Jimmy.

—El medallón es una máquina traductora instantánea —articuló la joven.

—Me lo había figurado. ¿Se siente usted mejor? —dijo Dexter.

—Sí, estoy casi bien... ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen en Hjirinx?

—Ah, Hjirinx es el nombre de este planeta.

—En efecto.

—Bien, yo me llamo Dexter Duane. Mi amigo es Jimmy Corrigan, pero puede llamarnos Dexter y Jimmy.

Myria sonrió.

—Ustedes vienen de muy lejos —dijo.

—Un par de miles de años luz —contestó Jimmy.

—¿Cuánto tiempo ha estado durmiendo? —inquirió Dexter.

Ella se pasó una mano por la frente. De pronto, pareció sentirse molesta por la diadema y se la quitó. Luego se quitó también algunas agujas y horquillas que sujetaban su peinado. El pelo quedó suelto, largo casi hasta la cintura.

—No sé quién me puso esto, pero me molesta —dijo.

Dexter se quedó atónito.

—¡Cómo! ¿No le pertenece esa diadema?

—No, ni todo lo demás que llevo puesto y que no me quito por... Myria enrojeció ligeramente—. No tengo otra ropa —añadió.

—Si nuestro coche estuviera más cerca, le daríamos un mono de talla universal —dijo Jimmy.

—Bien, de momento, no tiene otro remedio que ir vestida con lo que lleva puesto —manifestó Dexter—. Pero hay algo que me extraña. Myria, usted ha dicho que no sabe quién le puso la diadema y el resto de la indumentaria.

—Así es —confirmó la muchacha.

—Pero usted sabe que estamos en Hjirinx.

—Conocíamos esta civilización. El estilo de sus obras de arte es inconfundible —explicó ella.

—Diríase que la secuestraron —observó Dexter.

—Sí —confirmó Myria.

—¿Por qué?

—No lo sé. Alguien vino a mi mundo y me raptó. Sé que viajé en una nave, pero luego me quedé dormida. He despertado ahora...

—Si no ha estado aquí, ¿cómo ha gasificado el vidrio con su anillo? —preguntó Jimmy.

Myria sonrió.

—Si yo le tocase a usted, en determinadas circunstancias, con mi anillo, también le convertiría en humo —respondió.

Jimmy dio un respingo.

—Pero nosotros somos amigos —exclamó.

—Myria, usted ha dicho que conocía la civilización de Hjirinx. Por tanto, es de suponer que, sabiendo dónde se encuentra, pueda indicarnos cuál es su planeta.

—Desde luego, Dexter.

—Pero nuestra nave está en el espacio. Tardará cuatro o cinco días en volver —alegó Jimmy.

—Esperaremos. Myria no tiene prisa, supongo.

—No —contestó la muchacha sonriendo—. ¿Puedo decir algo personal?

—Sí, claro...

—Tengo hambre.

Jimmy se echó a reír.

—Simpática Myria —exclamó, a la vez que hurgaba en su

mochila.

Dexter parecía preocupado.

¿Cuál era el objeto del rapto y posterior dormición de Myria?

¿Por qué la habían traído desde su planeta a Hjirinx?

Myria tomó un par de pastillas alimenticias, después de lo cual se sintió mucho mejor.

—Debe de hacer cosa de un par de años que no llenaba el estómago —dijo jovialmente.

—¿Dos años? —repitió Dexter.

—Creo que sí —contestó ella.

—¿No le dieron sus raptores ninguna explicación de los motivos por los cuales la arrebataban de su planeta?

—No. Sólo sé que dos hombres me sorprendieron un día y me llevaron a una nave. Allí me hicieron dormir casi de inmediato...

—Hasta que nosotros la hemos despertado —dijo Jimmy.

De pronto, Dexter se acordó del golpe que había roto el féretro.

Miró a su alrededor. Había más de trescientos ataúdes exactamente iguales.

—¿Están vivos todos los que vemos? —murmuró.

—Podríamos hacer la prueba, ¿no crees? —dijo Jimmy.

Dexter vaciló.

—Myria —exclamó de pronto—, ¿esas personas son todas nativas de Hjirinx?

—Sí —contestó ella.

—En tal caso, Jimmy, no nos corresponde a nosotros velar su sueño, si es que realmente duermen. Lo mejor será que volvamos al campamento. Karpatz y los otros dos acabarán por regresar también.

—¡Menuda sorpresa se van a llevar! —comentó Jimmy.

De pronto, se oyeron pasos en la entrada.

Dexter se volvió, lo mismo que los otros dos. Había un hombre en el umbral, mirándoles con ojos muy abiertos.

—¡Demonios, es Nils Ormson! —exclamó, a la vez que avanzaba hacia el sujeto, que formaba parte también del equipo de exploración —. ¿Te ocurre algo, muchacho?

Ormson abrió la boca como si fuera a contestar, pero en vez de palabras, salió un chorro de sangre.

Myria gritó. En el mismo instante, Ormson se vino al suelo de bruces. Pasmado, Dexter pudo ver, como los otros, el largo astil de la flecha hincada profundamente en la espalda del explorador.



Dexter recordó entonces el grito que habían oído antes y que les

había hecho volverse. Ello había provocado la caída de Jimmy, con la consiguiente rotura del féretro. El descubrimiento de que la ocupante del sarcófago estaba viva, les había hecho olvidarse por completo de aquel detalle.

Pero, ¿quién había lanzado la flecha mortal contra Ormson?

Dexter saltó hacia la puerta y se asomó al exterior. No había nadie a la vista.

Jimmy, mientras tanto, se había inclinado junto al caído.

—Está muerto, Dexter —informó.

El joven se volvió.

—Jimmy, tenemos que salir de aquí —dijo.

—Pero estamos desarmados...

Dexter señaló el armero del fondo.

—Sí —comprendió Jimmy.

Echó a correr hacia la pared opuesta y buscó algo para romper el vidrio. Este era muy grande, más de dos metros de altura por cuarenta de longitud, por lo que no se atrevió a usar el pie, temeroso de sufrir algún grave corte, ya que su vestimenta era muy liviana.

—Espera —dijo Myria de pronto.

La muchacha acercó el anillo al cristal. Instantes después, el vidrio se convertía en humo.

—Una buena llave para cerraduras difíciles —comentó Jimmy—. ¡Dexter! ¿Qué clase de arma prefieres?

—Espada y venablo —contestó el aludido, que vigilaba continuamente el espacio contiguo a la entrada.

—Cuando era un chico, yo solía tirar con arco y flechas —dijo Jimmy—. Algo quedará, supongo.

Momentos después, corría hacia la puerta. Dexter se puso en torno a la cadera un cinturón del que pendía una pesada espada.

—Me gustaría saber desde dónde han disparado esa flecha —dijo a media voz. Al terminar de ponerse la hebilla del cinturón, miró a los otros dos—: Quietos aquí hasta que yo os diga que podéis salir.

Dexter dio unos pasos fuera, llegando casi hasta el borde del parapeto que protegía la escalera. Esta concluía en aquel punto, aunque no muy lejos había una pequeña explanada de la que partían otros ramales en diferentes direcciones.

Alzó la cabeza. Había sobre él, una serie de ventanas, en las que no se divisaba a nadie por el momento. Se preguntó dónde estaba el misterioso tirador. Las armas de que disponía eran buenas, pero le hubiera gustado mejor tener a mano una pistola solar.

Luego se asomó al parapeto. El muro descendía verticalmente más de cien metros, antes de tomar una ligera inclinación y romperse en otra serie de terrazas y escalones, todos ellos comunicados por la consiguiente red de escaleras.

—No hay nadie a la vista —anunció.

Myria y Jimmy se hicieron visibles.

—Será mejor que tú vayas en vanguardia —indicó Dexter—. Myria marchará en el centro y yo protegeré la retaguardia. Cuando llegues a una esquina o a las inmediaciones de una puerta, asómate antes con cuidado.

—Bien, Dexter —contestó Corrigan.

Puso una flecha en la cuerda del arco y el pie en el primer escalón.

—Hemos visto a Nils Ormson —dijo—. Pero aún falta Harry Wood.

Dexter se encogió de hombros.

—Es un explorador, como nosotros —respondió.

—Sí, comprendo.

Cada cual debía saber correr sus propios riesgos. Jimmy echó a andar y los otros dos le siguieron.

Descendieron cincuenta o sesenta metros, siguiendo el zigzagueante trazado de la escalera. De pronto, llegaron a un punto en que ésta se doblaba Bruscamente, casi en ángulo recto, y Jimmy hizo señales con una mano para que se detuvieran.

Myria y Dexter se pararon en el acto. Jimmy se asomó con grandes precauciones y exploró la zona inmediata. Segundos después, movió una mano.

—No hay nadie —dijo.

Avanzó un paso. En el mismo instante, se oyó un sonido casi musical, el tañido de la cuerda de un arco, que había disparado una flecha con tremenda potencia.

Un horrible alarido se escapó de los labios de Jimmy. Espeluznado, Dexter vio que la flecha le había atravesado ambos pómulos, entrando por el izquierdo y saliendo medio palmo por el derecho.

Presa de un insufrible dolor, Jimmy se tambaleó con tremenda violencia. Después de unos cuantos traspiés, se inclinó sobre el parapeto y saltó al vacío.

CAPÍTULO IV

Desde el lugar en que se hallaba, Dexter no pudo contemplar la caída de su amigo, aunque sí escuchó unos ruidos estremecedores. Luego volvió el silencio.

Myria estaba muy pálida. Dexter pasó delante de ella, haciéndole señas de que guardase silencio. La joven asintió.

Dexter alcanzó la esquina trágica. Asomó un poco la cabeza, pero apenas lo había hecho, oyó un terrible zumbido. La flecha pasó tan cerca de su frente, que pudo percibir perfectamente el viento desplazado en su velocísimo vuelo.

Retrocedió, con la mano crispada en torno al astil del venablo. Había entrevistado vagamente a un individuo a unos veinte pasos, armado con arco y flechas, pero no había podido captar más detalles. Lo único que sabía era que el sujeto les cerraba el paso y que estaba dispuesto a matarles.

Mordióse los labios. Era preciso hacer algo para salir adelante. De súbito, creyó haber encontrado la solución.

Llevaba puesto una especie de casquete, el cual le protegía de los rayos del sol y, bajando las orejeras, del frío, si la temperatura lo exigía. Dexter desenvainó la espada y puso el casquete en la punta, sujetando el arma a continuación con la mano izquierda.

Lentamente, asomó el casquete a la altura de su cabeza. Casi en el acto, zumbó una flecha y el casquete voló por los aires.

Antes de que la prenda cayera al suelo, Dexter había saltado ya hacia delante. El arquero estaba en el mismo sitio, muy ocupado en poner una nueva flecha en su arco. Dexter se quedó atónito al reconocerle.

Pero el otro no daba muestras de conocer a nadie. Tensó la cuerda y disparó una nueva flecha. Dexter tuvo tiempo de agacharse y eludir así un disparo mortal. Luego, antes de que el otro pudiera utilizar el arma de nuevo, saltó hacia él, alcanzándole en cuatro zancadas.

El palo del venablo golpeó una muñeca que ya se movía una vez más para utilizar el arco. Sonó un grito de dolor.

—¡Harry! ¿Te has vuelto loco? —gritó Dexter—, ¡Has matado a Órmson y a Jimmy Corrigan!

Los ojos del sujeto le miraron de un modo extraño. Dexter adivinó que estaba drogado o sujeto a alguna influencia hipnótica.

—Tengo que defender la ciudad de sus enemigos —contestó Wood con un extraño tono de voz.

—¿Quién te lo ha ordenado?

—Duhurr, el comandante en jefe.

—Duhurr... ¿Es que has visto gente despierta en la ciudad?

—El me lo ordenó... Y yo he fracasado...

De súbito, Wood giró un cuarto a su izquierda, corrió hacia el parapeto, en el que se puso en pie, de un salto, antes de que Dexter pudiera evitarlo, y se arrojó al vacío.

—¡Harry! —gritó Dexter.

Pero ya era tarde. Tal vez, pensó Dexter más tarde, en el último instante, Wood había recobrado la consciencia, pero su acción era ya irremediable. El alarido de horror del desgraciado se alejó hacia abajo rápidamente, cortándose con el horrendo ruido del choque de su cuerpo contra algún saliente sólido.

Durante unos segundos, reinó en aquel lugar el silencio más absoluto. Luego, Dexter caminó unos pasos y se asomó al parapeto.

Dos cuerpos yacían inmóviles, sobre sendos charcos de sangre, a distintos niveles. Dexter se sintió abrumado.

En menos de veinticuatro horas habían muerto cuatro hombres, de ellos tres en pocos minutos. Del equipo de exploración número dos, compuesto originariamente por seis hombres, ya sólo quedaban dos, de uno de los cuales se desconocía absolutamente su paradero.



—¡Profesor Karpatz! ¡Profesor Karpatz!

La voz de Dexter se perdió estérilmente en el vacío. El joven se había ayudado con ambas manos a modo de bocina, pero sus esfuerzos a tal fin resultaron inútiles.

Desalentado, cambió una mirada con la muchacha.

—Sólo tenemos una solución —dijo—. Debemos hablar con mi nave. Es preciso que bajen cuanto antes y que envíen una patrulla armada.

—Lo que tú digas —contestó Myria.

—Anda, vamos.

Dexter echó a andar. El peligro había desaparecido, al menos por el momento. Pero, ¿cómo buscar a Karpatz, en aquella inmensa ciudad, tallada en la roca?

El descenso resultó fácil. Por otra parte, los peldaños de las escaleras eran amplios lo que reducía considerablemente su pendiente, cosa que facilitaba el ascenso y evitaba el cansancio en el descenso. Un cuarto de hora más tarde, se hallaban junto al coche.

Durante unos segundos, Dexter contempló el monstruoso cono que se erguía ante ellos. Cientos o tal vez miles de años antes, una extraña civilización había empezado a tallar la roca. El resultado

había sido una ciudad, que ahora estaba completamente muerta. Por un instante, se preguntó adónde habrían ido a parar los miles y miles de toneladas de escombros obtenidos en las excavaciones. El suelo era completamente liso, cubierto de hierba casi en su totalidad..., pero saber qué había sido de los escombros no era cosa que importase demasiado, por el momento.

Conectó la radio:

—¡Habla Dexter Duane! ¡Conteste, *Retriever VI*! ¿Me oye, *Retriever VI*? ¡Conteste!

Durante unos minutos, Dexter prosiguió en sus llamadas a la astronave, sin obtener el menor resultado. Al fin, desalentado, volvió el micrófono a su sitio.

—No sé qué diablos ha podido pasar —dijo.

Miró a su alrededor. De Karpatz no había el menor rastro. Y no se había marchado, puesto que el coche continuaba en el mismo sitio y parecía lógico pensar que, de haberse ausentado, se lo habría llevado consigo.

Decidió encarar la situación.

—Myria, estamos solos en Hjirinx —manifestó—. Vinimos seis y sólo quedo yo. Cuatro han muerto, pero el quinto, que era nuestro jefe, no sé dónde puede hallarse.

—Lo buscaremos —dijo ella.

—Sí, aunque no hoy. Me siento un poco cansado. Subir casi hasta la cima y volver a bajar, aparte de haber tenido que esquivar algunas flechas, no es una labor que evite la fatiga. Myria, por mal que nos encontremos, es preciso que pensemos en nosotros mismos. Aquí hay algo de comida. Mañana, en todo caso, volveremos a subir. Es decir, si no tienes inconveniente...

—Ninguno, Dexter.

—Está bien. De todos modos, el profesor Karpatz tiene un transmisor individual. Voy a ver si puedo tomar contacto con él.

Los esfuerzos del joven en este sentido resultaron igualmente estériles. Desalentado, cerró la radio y empezó a preparar la cena.

—Myria —dijo, pasado un buen rato—, ¿por qué te trajeron a Hjirinx?

—No lo sé. Lo único que puedo decirte es que, mientras dormía, escuchaba voces —contestó ella.

—¿Voces?

—Sí. Tengo la impresión de que me han estado instruyendo durante el sueño. Pero ahora no puedo recordar con mucha claridad lo que me decían.

Dexter frunció el ceño.

—Una nave te trajo hasta aquí, pero, ¿dónde está ahora?

—Se volvería, supongo.

—Parece lógico, pero eso quiere decir que los tripulantes de esa nave sabían que alguien llegaría aquí más tarde.

—Y llegó alguien: vosotros —dijo Myria.

—¿Tenías que esperarnos a nosotros?

Ella sonrió suavemente.

—No lo sé —contestó—. Tengo la impresión de que lo sé todo, pero es como si me encontrase en una habitación a oscuras, delante de la puerta. Un día, esa puerta se abrirá… y entrará la luz en mi cerebro.

—Es probable que tengas razón y que te encuentres sometida a una hipnosis parcial. Quizá te despertamos antes de tiempo.

—¿Tú crees?

—Quizá mañana podamos saberlo —respondió al cabo—. ¿Tendrás inconveniente en explorar la ciudad conmigo?

—No, ninguno —respondió ella.

—En tal caso, será mejor que empiece a preparar el campamento.

La noche transcurrió con entera tranquilidad. Antes de que saliera el sol, Dexter, fresco y descansado, empezó a preparar todo para la marcha.

Myria volvió del arroyo, adonde había ido a bañarse. Dexter buscó en los repuestos del coche y le entregó un traje de una sola pieza, de tejido extensible, que se adaptaba a todas las tallas.

—Estarás más cómoda —indicó.

Myria aceptó el consejo. Dexter se volvió, mientras ella cambiaba de indumentaria. El peto con los cuencos de oro y los pantalones de hilo del mismo metal, quedaron en el coche.

La transformación de la joven era evidente. El traje, de color gris azul claro, moldeaba a la perfección una silueta escultórica. Myria parecía sentirse encantada con su nuevo atavío.

—¿Vamos?

—Sí, vamos.

Inmediatamente, se dispusieron a emprender la ascensión. Pero, en el mismo instante, Dexter captó el sonido de la señal de llamada.

—¡Aguarda un poco! —dijo excitadamente.

Conectó la radio.

—Habla el equipo número dos —exclamó—. Soy Duane. ¿Qué pasa por ahí, *Retriever VI*?

—Dexter, soy Hansen… —sonó una voz desfallecida—. Ha ocurrido algo horrible… Estoy solo a bordo…

—¡Qué! —gritó el joven.

—Una epidemia… muy rápida, mortal en todos los casos… Todos… han muerto…

Sonó una risita.

—Hace años, leí algo acerca de una astronave… la Atenas… Se convirtió en un ataúd volante… Ahora nos sucede lo mismo… el

capitán Withold, Pat Holton, Simón Walker... todos, todos han muerto ya... Cuando nos encuentren... faltarán seis, como en la Atenas... Adiós, amigo... Esto... se acaba...

La voz se extinguió y volvió el silencio a la llanura.

Dexter se sintió abrumado por el desastre. Myria se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Animo —dijo la muchacha.

Dexter inspiró profundamente.

—Una epidemia... y todo tan rápido, en menos de cuarenta y ocho horas —murmuró.

—Tú eres afortunado. Todavía estás vivo.

—Sí, tienes razón. Pero arriba hay cincuenta o sesenta cadáveres... y todos eran amigos, conocidos, compañeros... Resulta difícil hacerse a la idea de que no voy a verles más.

—Dexter, ¿no crees que yo también me encuentro en el mismo caso? También tengo amistades en el mundo del que me arrancaron. Y familia, a la cual no sé si volveré a ver jamás.

—Tienes razón —se disculpó él—. Soy demasiado egoísta. —Inspiró con fuerza—. Debemos afrontar el porvenir. Una vez más, exploraremos la ciudad muerta. Si no encontramos al profesor Karpatz, tendremos que estudiar un plan de supervivencia.

—Quieres decir pensar en el modo de establecernos aquí definitivamente.

—Exactamente, Myria.

—No es un mundo tan horrible, después de lodo —sonrió la muchacha—. ¿Empezamos?

—Sí, en marcha.

Subían sin prisas, entrando y saliendo en todas las casas del camino. Dexter llevaba a la espalda una mochila con comida y agua, aparte de algunos objetos que podían resultarles necesarios más tarde En todos los sitios en que entraban, a partir de unos ciento cincuenta metros de altura, hallaban féretros de cristal, con su correspondiente ocupante, que parecía dormir apaciblemente, más que estar muerto.

Un par de horas más tarde, entraron en una sala vacía, de buen tamaño, en uno de cuyos lados había una especie de estanque de paredes elevadas sobre el pavimento, aunque su fondo se hallaba al nivel del suelo. En uno de los muros situados sobre el estanque, había un grifo de forma extraña.

—Vaya, no me había fijado hasta ahora. Incluso disponían de agua corriente —comentó.

Trató de abrir el grifo, pero no lo consiguió.

—Déjame —pidió ella.

Dexter se apartó a un lado. Myria agarró el grifo y efectuó un extraño movimiento de torsión.

El agua brotó de inmediato, cayendo al fondo de la pileta, en el que se divisaba un desagüe.

—¡Cielos! —exclamó Dexter, pasmado—. Pero si hay agua todavía... ¡Myria! ¿Cómo has sabido abrir el grifo?

Ella se encogió de hombros.

—No puedo contestarte —dijo—. Sólo sé que se abre así.

—Te lo habrán enseñado en sueños. O quizá es un grifo como los de tu mundo...

—No, los de mi planeta son distintos.

Dexter contempló el chorro de agua, de unos tres o cuatro centímetros de grosor, que manaba sin interrupción. Se acercó al grifo, puso la mano derecha en hueco y probó el agua.

—Es perfectamente potable —dijo.

—Parece lógico, ¿no?

—Pero..., ¿después de tantos años, siglos quizá? El agua tendría que haberse corrompido, si antes no se ha evaporado. Aunque en el aljibe hubiera miles de metros cúbicos, en menos de cien años se habrían convertido en vapor de agua.

Una vez más, Dexter se maravilló ante la civilización que había sido capaz, no sólo de tallar una ciudad en una roca colosal, sino de procurar servicio de agua corriente, sin que en esta tarea se empleasen medios de albañilería o fontanería, salvo el grifo que sobresalía de la pared. Pero, ¿cómo habrían construido el tubo por el que bajaba el agua?

Eran demasiados enigmas y si pensaba exclusivamente en ellos, acabaría con jaqueca, se dijo.

—Sigamos, Myria.

Continuaron la ascensión. De cuando en cuando, sobre todo, si entraba en alguna vivienda de buen tamaño, Dexter gritaba el nombre del profesor, pero al llegar el mediodía, aún no habían encontrado el menor rastro del científico desaparecido.

El último tramo de escalera llegaba a unos ciento cincuenta metros de la cima. Lo que restaba de la montaña ofrecía una superficie muy irregular, como si los constructores de la ciudad, al cesar sus excavaciones en aquel punto, hubieran juzgado innecesario pulir la roca más allá de donde no iban a vivir.

La escalera, sin embargo, se adentraba zigzagueando en la roca. Dexter se introdujo en la montaña. Unos veinte metros más adelante, divisó una puerta del tamaño justo para permitir el paso de una persona.

Se asomó a la puerta y lo que vio le dejó pasmado de asombro.

CAPÍTULO V

Al otro lado de la puerta había un resalte o cornisa, de unos cincuenta centímetros de anchura. Dexter franqueó la entrada y se echó a un lado para que Myria pudiera seguirle.

—Increíble —dijo la muchacha.

—Lógico —calificó él.

Myria se volvió hacia Dexter.

—¿Por qué dices lógico? —preguntó.

—La gravedad sigue actuando en Hjirinx. Por tanto, si la ciudad muerta necesitaba disponer de agua, resultaba lógico que el depósito principal estuviese situado en el punto más alto.

Myria asintió. Dexter encendió una lámpara eléctrica, a fin de conocer las dimensiones del enorme aljibe, situado a casi quinientos metros del suelo.

La luz que entraba por la puerta era escasa, pero con la ayuda de la lámpara, Dexter pudo establecer las dimensiones de la colosal cisterna. Era de forma ovoide, aunque con escasa diferencia entre los ejes principales, el mayor de los cuales medía casi ciento cincuenta metros. El líquido llegaba hasta medio palmo del borde de la cornisa, que corría a todo lo largo, circundando el aljibe. Dexter se inclinó y probó el agua.

—Perfectamente potable —repitió.

—No se ha evaporado, como decías —contestó ella.

Dexter tenía el rostro contraído.

—El agua debería de estar más fría. Esta caverna es isotérmica, quiero decir que conserva la temperatura casi siempre al mismo nivel. Pero el agua no está todo lo fría que debería estar, ¿comprendes?

—¿Quieres decir que hace poco que han llenado la cisterna?

—Estoy por jurarlo —respondió Dexter.

—Y, ¿cómo ha subido el agua hasta aquí?

—En alguna parte hay un manantial subterráneo y un sistema de bombas que elevan el agua. Esta se distribuye luego en los distintos pisos por simple gravedad.

—En tal caso, el manantial debe de hallarse a gran profundidad.

—Seguramente, en el subsuelo.

—Y si las bombas funcionan, ¿quién las ha puesto en marcha?

Dexter calló un instante.

—Lo siento, no puedo responderte —dijo al cabo.

Pero pensaba en Karpatz.

¿Conocía aquel extraño individuo la ciudad muerta?

Un súbito presentimiento invadió su mente.

Agua fresca…, ¿para quién?

Debajo de ellos, en distintos niveles, yacían varios miles de personas.

—Quizá duermen solamente —dijo a media voz.

—¿Qué? ¿Lo crees así?

Dexter se volvió repentinamente hacia la muchacha.

—Tú tienes un anillo poco menos que mágico —dijo.

Myria alzó la mano izquierda. Dexter contempló la sortija, cuyo aro tenía casi un centímetro de anchura por un milímetro de grosor. En la parte superior había una montura de forma muy extraña, que sostenía una piedra roja del tamaño de un garbanzo.

—Esta es —dijo la muchacha—. Pero no sé cómo funciona.

—Sin embargo, hiciste que el vidrio se convirtiese en humo.

—Sabía que sucedería, eso es todo.

—Entonces, es otra de las cosas aprendidas durante el sueño.

—Sí, seguro.

Dexter se acarició el mentón.

—¿Te atreves a hacer una prueba? —propuso.

—Creo que te entiendo —dijo Myria.

—Salgamos de aquí. Buscaremos un lugar donde haya sarcófagos con personas en su interior y probaremos de despertar a una de ellas.

Myria accedió. Después de abandonar la caverna donde se hallaba el aljibe, emprendieron el descenso, hasta que, cincuenta metros más abajo, encontraron otra puerta.

Dexter elevó la vista. Entre el acceso a la cisterna y aquella puerta había más de cincuenta metros. Era preciso tener en cuenta que la cisterna debía de disponer de un fondo sólido, a fin de soportar sin esfuerzo el peso del agua almacenada. Por tanto, entre el techo de aquella estancia y el fondo de la cisterna no había menos de quince o veinte metros de roca. En total, calculó, la profundidad del aljibe debía de oscilar entre los veinticinco y treinta metros.

Por tanto, la cisterna almacenaba de trece a catorce mil metros cúbicos. Si se tenía en cuenta la capacidad de la ciudad, que debía de oscilar entre los seis y ocho mil habitantes, resultaba que cada uno de ellos podía disponer de dos metros cúbicos.

—¿Cada cuánto tiempo? —murmuró.

Las bombas debían de funcionar casi continuamente, lo cual significaba que el problema del suministro de agua no existía en aquella ciudad.

Y, ¿dónde estaban las bombas y el manantial? ¿Bajo tierra, a decenas o cientos de metros de profundidad?

Por el momento, eran especulaciones sin sentido. Era necesario ir a lo inmediato, a la resolución de problemas más acuciantes.

Myria se acercó al primer sarcófago. Bajo la cubierta de vidrio, se

divisaba a un hombre de unos treinta y cinco años, alto y vigoroso.

La piedra del anillo rozó el cristal, que se convirtió en humo casi instantáneamente. Pero el ocupante del sarcófago se vaporizó igualmente segundos más tarde.

Myria gritó, horrorizada, a la vez que retrocedía. Dexter puso un brazo en torno a su cintura para sostenerla.

—Salgamos —dijo ella con voz crispada.

Dexter asintió. Una cosa era segura; no debían turbar el descanso de los que yacían en sus sarcófagos de vidrio.

Después de unos momentos, que Dexter dejó pasar deliberadamente, a fin de que la muchacha se recuperase de la fuerte impresión sufrida, reanudaron el descenso. Dexter se sentía un tanto desorientado; no acababa de forjar un plan en su mente. Saberse abandonado en aquel planeta, aun en compañía de una hermosa muchacha, no era cosa que inclinase demasiado al optimismo.

De pronto, al doblar una esquina para continuar el descenso por el siguiente tramo de escalera, vieron a un hombre.



Era joven, de unos treinta años, y vestía una simple blusa y pantalones largos, ajustados a las piernas, prendas muy parecidas a las que se veían en los ocupantes de los sarcófagos. El hombre no se quedó menos asombrado que Dexter y Myria.

Estaba armado. Dexter pudo verle el arco terciado a la espalda y la aljaba repleta de flechas. Además, llevaba una espada pendiente del cinturón.

Dexter fue más rápido y apoyó en su pecho la punta del venablo.

—¡Quieto! —dijo.

El hombre no hizo el menor gesto ofensivo. Dexter pudo darse cuenta de que no parecía demasiado sorprendido por el encuentro.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Mi nombre es Yuros —respondió el individuo—. Estoy en mi ciudad. Siempre he vivido aquí.

—¿Te has despertado ahora? —preguntó Dexter.

—Sí.

—¿Solo o te ha ayudado alguien?

—No, me he despertado yo solo, porque ha llegado la hora.

—¿Cómo?

—Mi pueblo está dormido. Un día debía despertar. Ese día ha llegado ya. Pero, ¿quiénes sois vosotros?

Dexter señaló a la muchacha y dio su nombre. Luego pronunció el suyo propio.

—No somos de Hjirinx —añadió—. Ella es de Hammaryx; yo soy de un planeta llamado Tierra.

—Nunca he oído hablar de esos planetas —declaró Yuros.

—Seria largo de contar... Escucha, Yuros, dime. ¿Van a despertarse los otros también?

—Sí. Yo les ayudaré y los que se despierten, ayudarán a los que aún están dormidos, hasta que todos vuelvan a la vida.

—Pero, ¿por qué se durmió todo un pueblo?

—Duhurr nos lo ordenó.

Dexter recordó en el acto las palabras de Wood. Duhurr se lo había ordenado.

—¿Quién es Duhurr? —preguntó.

—Nuestro amo, el hombre que descubrió la forma de que pudiéramos vivir miles de años. El hombre, en fin, que nos salvó de la destrucción, cuando todos los demás habitantes de Hjirinx murieron a causa de la plaga.

—¿Una plaga? —exclamó Myria, súbitamente interesada.

—Sí. Era una enfermedad que actuaba rápidamente, sin que pudiera curarse por ninguno de los medios conocidos hasta entonces. Duhurr, sin embargo, encontró un remedio y eligió a nuestro pueblo para sobrevivir y gobernar el planeta algún día.

—Los sarcófagos —adivinó Dexter.

—Así es.

—¿Qué tiempo hace que se produjo esa plaga?

Yuros consultó el medallón que pendía de su cuello.

—Trescientos cuarenta años, aproximadamente —contestó.

—Tres siglos y medio —murmuró Dexter, abrumado.

—Sí —confirmó Yuros.

—¿Era necesario que transcurriese todo ese tiempo para eliminar el peligro de la enfermedad?

—Lo dijo Duhurr.

—Y le creíste.

—Hablaba con la verdad en la boca. Dispénsame —dijo Yuros—; he de iniciar mi obra...

—Aguarda un momento, por favor —pidió Dexter.

Yuros le miró inquisitivamente.

—¿Qué deseas de mí?

—Duhurr es vuestro... señor, ¿no es cierto?

—Ya te lo he dicho antes.

—Sí, pero, ¿dónde está él ahora?

—No lo sé. Ya aparecerá cuando lo crea conveniente.

—Antes de dormiros, ¿os habló de una diosa?

Yuros levantó las cejas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Me lo he imaginado —sonrió Dexter—. ¿Qué os dijo Duhurr acerca de esa diosa?

—Será nuestra deidad tutelar cuando nos lancemos a la conquista de otros planetas. Ella nos guiará...

—A una guerra sangrienta, ¿no es así?

—Somos el pueblo elegido...

Dexter lanzó una risita irónica.

—Sí, algo por el estilo tenías que decir. Pero yo te diré otra cosa, Yuros. Duhurr os ha engañado miserablemente.

—¡No puede ser! ¡Él es sincero! ¡Nos salvó de la muerte!

—Y os prometió una diosa.

—Dijo que la encontraríamos al despertarnos, entre su corte...

—Arriba, ¿no es cierto?

—Sí.

—Anda, sube. Verás cuál de los dos dice la verdad

Yuros miró unos segundos a la pareja. Luego, de pronto, dio media vuelta y echó a correr escaleras abajo, siguiendo a continuación por una cornisa horizontal, que le llevó a otro ramal de escalera ascendente.

—Vamos, Myria —dijo Dexter.

—Le has engañado —acusó ella.

—Sólo a medias.

—¿Por qué?

—Éstas pobres gentes... Son instrumentos en manos de un hombre sin escrúpulos, ¿comprendes?

—¿Duhurr?

—Él mismo.

—Pero no sabemos quién es.

—Yo, sí. Y nada me gustaría más que encontrármelo, créeme.

Dexter y Myria iniciaron el descenso a la máxima velocidad posible. Cuando estaban a unos cien metros del suelo, oyeron algunos gritos en las alturas.

Myria se volvió.

—¡Empiezan a despertar, Dexter! —exclamó.

El joven contempló con inquietud las numerosas figuras que empezaban a salir por las distintas aberturas de la roca. ¿Era posible que miles de personas durmiesen durante trescientos cuarenta años y despertasen sin mayores traumas, como si se hubiesen acostado la víspera?

Una flecha voló por los aires, describió una silbante parábola y rebotó contra un parapeto rocoso, a dos metros de la pareja. Dexter se admiró de la potencia de aquellos arcos, capaces de lanzar sus proyectiles a enormes distancias.

—¡Corramos, Myria!

Descendieron los últimos tramos. Al llegar a la explanada, se volvieron de nuevo.

Cientos de personas salían constantemente por las distintas puertas de la pirámide de roca. A Dexter le recordó la visión de un hormiguero cuyos pobladores se aprestaran a rechazar, furiosos, un ataque imprevisto.

Sólo que en aquel caso, nadie les había atacado, sino que eran ellos los que se disponían a atacar a dos personas, una de las cuales, al menos, debía morir.

La otra quedaría en el pueblo de roca, para alimentar la superstición de sus moradores.

Y esto era algo que Dexter no estaba dispuesto a consentir.

CAPÍTULO VI

La multitud descendía por las escaleras, como una cascada de cuerpos humanos que se agitaban y gesticulaban frenéticamente, a la vez que proferían gritos aterradores. Dexter se preguntó si no habría sido mejor evitar que Yuros despertase a sus congéneres, aunque, por lo que estaba viendo, parecía lógico deducir que Yuros no había sido el único encargado de semejante tarea.

Tiró de la mano de Myria, haciéndola volar más que correr. Instantes después, alcanzaban el vehículo. Dexter hizo que la muchacha se sentase en el sillón contiguo al del conductor y luego de ocupar él su puesto, dio el contacto.

El coche arrancó de inmediato. Dexter lo hizo virar en redondo y salió disparado. Varias flechas cayeron en las inmediaciones, pero, en pocos momentos, logró alejarse de sus perseguidores.

El bosque los engulló. Dexter procuró seguir el mismo camino, aunque, en realidad, se encontraba un tanto desmoralizado. ¿Qué iban a hacer ellos dos solos en un planeta hostil?

Un par de horas más tarde, divisó algo que le hizo detener la marcha del vehículo.

—Espera un momento —dijo.

Myria quedó en el coche. Dexter saltó al suelo y caminó hacia la lápida de piedra. No sintió extrañeza alguna al ver que la inscripción había sido borrada totalmente. Karpatz debía de haber usado algún abrasivo de gran potencia, conectado a una de las herramientas del coche.

¿Por qué no quería que se conociese la inscripción de la losa funeraria?

Un día le obligaría a decirlo, se propuso firmemente, mientras regresaba al coche.

Dexter juzgó prudente alejarse lo más posible de la ciudad de roca, cuyos habitantes habían despertado y no para bien. La batería que proporcionaba energía al vehículo era de gran duración y, además, podía recargarse durante las horas diurnas, mediante la aportación de rayos solares. Las ruedas, grandes, con llantas de goma maciza y atérmica, que evitaba el calentamiento, les permitían salvar la mayoría de los obstáculos.

Al atardecer, juzgándose en lugar seguro, detuvo el coche en el fondo de un angosto desfiladero, de paredes muy elevadas, casi verticales. Encontró una grieta con la suficiente anchura y metió el coche en el que juzgó escondite seguro.

Un río de mansa corriente se deslizaba a cien metros de distancia.

—Puedes bañarte, si quieres, mientras yo monto el campamento —dijo a la muchacha—. Pero ten cuidado, no sea que haya animales hostiles.

—De acuerdo —respondió Myria.

Cuando ella volvió, Dexter, a su vez, tomó un baño, que le reconfortó considerablemente. Luego reunió ramas y troncos secos, que abundaban en aquel lugar, tarea en la que le ayudó Myria, a continuación de lo cual encendió una hoguera.

Cenaron con buen apetito y el ánimo notablemente moderado. Después de comer, dijo:

—Myria, es preciso que encaremos la situación.

—Estoy dispuesta —respondió ella—. Como tú, soy extranjera en este planeta, pero carezco de tu experiencia en situaciones semejantes.

—No te vayas a creer que a mí me pasa esto a diario —sonrió Dexter—. Pero, en fin, he recibido cierto entrenamiento... Lo primero que debes saber es que llegamos en una astronave de exploración, cuyos tripulantes han muerto todos. La nave órbita actualmente en torno a Hjirinx y no me atrevo a utilizar la señal de llamada automática.

—Ah, puedes hacer que aterrice...

Dexter señaló hacia el coche.

—Ahí tengo el aparato de control que haría aterrizar la nave, en caso necesario —dijo.

—Bien, ¿por qué no lo haces?

—Myria, cincuenta o sesenta personas han muerto a consecuencia de una epidemia desconocida. Pude hablar con el último superviviente, tú lo sabes, pero éste no sabía de qué iba a morir.

—Creo que te comprendo, Dexter.

—Lo celebro. Sería peligroso hacer bajar la nave y penetrar en ella, sin tener la seguridad de que contamos con los medios necesarios para evitar el contagio. Si, al menos, supiera de qué enfermedad se trata, podría utilizar alguno de los remedios de emergencia que hay en el botiquín del coche, pero, puesto que no es así, no tenemos otra solución que dejar pasar el tiempo.

—¿Por qué?

Dexter se puso serio.

—Es bien sencillo —contestó—. Hay que dejar que la epidemia muera por sí sola..., suponiendo que los gérmenes que la originaron no sean demasiado resistentes. Quizá tengamos que esperar un año antes de arriesgarnos a entrar en la nave.

—¿Podremos resistir tanto tiempo, Dexter?

—El problema está en evitar el ataque de los habitantes despiertos del pueblo dormido —sonrió él—. Claro que tú no corres peligro, pero yo, sí; las muertes de mis compañeros son significativas

al respecto.

—Creo que te entiendo —dijo Myria—. A mí me respetarían la vida...

—Para convertirte en la deidad tutelar de unos pobres hombres, engañados por la codicia y la ambición de un desaprensivo.

—Dexter —habló la muchacha pensativamente—, hay algo que no acabo de comprender del todo. Quizá tú...

—¿De qué se trata, Myria?

—Si ese tal Duhurr tiene proyectado conquistar otros planetas, ¿cómo piensa hacerlo, ya que sólo dispone de seis o siete mil personas de las cuales no todos son guerreros? En el mejor de los casos, sólo cuenta con cuatro mil soldados... y todos equipados con armas muy primitivas. ¿No te parece que es poco para conquistar, no ya un planeta, sino ni siquiera una pequeña nación?

Dexter meditó sobre lo que acababa de escuchar.

—Tengo la impresión de que Duhurr ha previsto ya esa eventualidad —dijo al cabo—. En efecto, tienes razón; nadie puede lanzarse a la conquista de un planeta, con sólo cuatro mil soldados. Pero, ¿sabemos si dispone de armas muy poderosas, que podrían suplir con su poder destructor la falta de personal combatiente en grandes cifras?

—Es verdad —admitió ella—. Ahora bien, ¿no podríamos intentar averiguarlo?

—¿Tienes interés, Myria?

—Si Duhurr piensa conquistar mi planeta, me gustaría evitarlo, en efecto.

—En tal caso, tendremos que pensar en algún modo de contraatacar, mejor dicho, en anticiparnos a su ataque. Pero sospecho que no será una cosa inmediata.

—¿Por qué?

—Sencillamente, no dispone de astronaves. Quizá, si Duhurr es la persona de quien yo sospecho, pueda contar con una nave, aunque no en un futuro próximo, ya que, al igual que nosotros, debe esperar a que los gérmenes de la epidemia desaparezcan por sí solos. Ahora bien, nosotros tenemos la ventaja de que el aparato de control remoto, que haría descender a la nave hasta la superficie de Hjirinx, está aquí. No había más que uno, por lo que, en este aspecto, las ventajas están de nuestra parte.

Myria sonrió.

—Son noticias reconfortantes —dijo—. ¿Alguna sugerencia?

—Sí. Vamos a dejar pasar todavía algún tiempo. Conviene que crea que hemos desaparecido o que, incluso, hemos muerto. Si llega a confiar en que no le causaremos problemas, nos sentiremos más tranquilos.

Los ojos de la muchacha recorrieron el panorama circundante.

—Nos estableceremos aquí —dijo.

—Es un buen lugar para acampar una temporada —respondió él —. Tengo armas para cazar, elementos para la pesca y la leña no falta. Myria, ignoro por completo cómo es Hammaryx, pero, ¿no has sentido en alguna ocasión el deseo de pasar una especie de temporada de descanso en estas condiciones semiselváticas?

—Sí, desde luego —sonrió la muchacha.

—En tal caso, ahora podrás ver realizados tus deseos.



Dexter descubrió pocos días después, un sendero natural que conducía a la parte alta del desfiladero. Todos los días, subía un rato y exploraba el panorama con la vista y con los prismáticos. La zona donde se hallaba el desfiladero estaba a un nivel más elevado que el de la ciudad de roca, por lo que, en los días claros, podía divisar la cima de la pirámide emergiendo de la línea del horizonte, a unos doscientos kilómetros de distancia.

No era una separación excesiva, pero el lugar en que se hallaban era fragoso, bastante accidentado, y Dexter confiaba en ello para una ocultación beneficiosa. A pesar de todo, sólo encendía fuego por las noches, cuando no había riesgo de que fuese vista la lógica humareda. La grieta en que se hallaban era lo suficientemente angosta para que el resplandor del fuego no pudiera ser visto sino desde muy cerca.

El desfiladero tenía treinta y tantos kilómetros de largo y su profundidad media, con respecto a la llanura circundante, era de unos doscientos cincuenta metros. En el fondo, de unos trescientos metros de anchura, crecían los árboles abundantemente. Por el punto en que Dexter y Myria habían llegado, se divisaba una cascada, producida por el rio al salvar un desnivel muy pronunciado. Un sector en acusada pendiente permitía el acceso a aquel lugar, pero las huellas dejadas por el automóvil ya habían desaparecido, por el viento y las lluvias.

La temperatura, no obstante, era benigna. La vida al aire libre resultó altamente beneficiosa para los dos, pero más para Dexter, quien ya llevaba casi dos años encerrado en el interior de una astronave, sin más que algunas esporádicas salidas en sus distintas etapas de exploración, salidas que, en el mejor de los casos habían alcanzado apenas las dos semana de duración.

El blanquecino color de la piel de Dexter desapareció, para ser sustituido por otro tostado. Myria, por otra parte, fortificó sus músculos con el constante ejercicio que hacía de un modo u otro. El río, no lejos de aquel lugar, se rebalsaba en una especie de estanque

natural, en el que la joven practicaba la natación a diario, durante un buen rato.

Abundaba la caza y la pesca. Dexter disponía de un par de anticuadas escopetas —en pleno siglo XXIV no se había encontrado arma mejor para conseguir presas destinadas a la comida—, con las que tenía surtida la despensa constantemente. El río también suministraba pescado y asimismo abundaban los frutos silvestres que equilibraban la dieta.

Así transcurrieron dos meses. Pasado ese tiempo, Dexter empezó a cansarse de la relativa inactividad en que se hallaban.

—Estás deseando entrar en acción —adivinó Myria, cuando él hizo algunos comentarios sobre aquella especie de ociosidad en que habían caído.

—No exactamente —contestó él—. Lo que sí me parecería prudente es tratar de averiguar cómo marchan las cosas por la ciudad de roca.

—Bien, sí, parece conveniente —admitió la muchacha—. ¿Tienes algún plan al respecto?

Dexter estaba limpiando una de las escopetas con las que había ido a cazar aquella mañana. Miró a través del cañón y probó el funcionamiento en vacío del arma. Luego puso dos cartuchos: también podía servir como arma ofensiva o defensiva, según los casos.

—Viajar durante la noche y alcanzar el borde de la explanada al amanecer —contestó al cabo—. Así podremos explorar la ciudad con los prismáticos. Puesto que, razonablemente, han despertado sus moradores, tendremos que ver movimiento a la fuerza. Ello nos dará una idea de cuáles son sus propósitos, que no serán sino el cumplimiento de las órdenes de Duhurr.

—¿Has dicho movimiento, Dexter? —preguntó la muchacha.

—Sí —respondió él.

Myria alzó una mano al cielo.

—En tal caso, ese movimiento ha empezado ya —dijo.

Dexter siguió con la vista la dirección indicada por el brazo de la joven. Inmediatamente, lanzó una exclamación:

—¡Aprisa, escóndete!

Myria echó a correr hacia una de las paredes de la grieta. Dexter agarró la escopeta, dándose cuenta de que el gesto resultaba ya tardío. Los dos exploradores que volaban con sendos propulsores individuales, habían captado su presencia en el desfiladero y descendían raudamente hacia aquel lugar.



Era curioso, observó Dexter. Los exploradores volantes disponían de un modernísimo propulsor individual, pero, en el colmo de los anacronismos, iban armados con arcos, flechas y una corta espada situada en el costado izquierdo.

Los dos sujetos manejaban bien sus vehículos aéreos y parecía como si hubiesen recibido entrenamiento para el combate porque, bruscamente, se separaron para cargar contra los dos jóvenes.

—¡Al suelo, Myria! —gritó Dexter de pronto.

La orden fue obedecida puntualmente. Dos flechas se estrellaron contra la piedra, rompiéndose con secos chasquidos.

Uno de los exploradores descendió más todavía, a fin de mejorar su puntería. Cuando tendía el arco, a quince metros de distancia y diez o doce del suelo, Dexter hizo fuego con la escopeta.

El atacante abrió los brazos y su cabeza se dobló sobre el pecho. Curiosamente, permaneció en la misma posición, dado que había dejado conectado el mando de estabilización permanente de su aparato. La sangre empezó a gotear hasta el suelo.

El otro dio una vuelta y descendió a toda velocidad. Dexter dejó que soltase una flecha y, en el momento exacto, disparó el otro tiro.

Se oyó un agudo grito. El explorador dio una voltereta en el aire y luego, desde cinco o seis metros, cayó a plomo, estrellándose con sordo choque contra el suelo.

Dexter corrió hacia él, con el venablo en la mano. Pero pronto vio que no era necesario utilizarlo.

El hombre agonizaba. Tenía el pecho acribillado y su rostro aparecía ceniciento.

—¿Por qué nos has atacado? —preguntó.

Los ojos del explorador se abrieron.

—Órdenes del Supremo —dijo.

—¿Duhurr?

—Sí...

Dexter contempló unos instantes el propulsor individual, un tanto diferente del tipo que él conocía, pero en el fondo, de idéntico manejo.

Además, los ropajes eran también distintos de los que había visto en las personas dormidas en la ciudad de roca. ¿De dónde habían salido aquellos guerreros?

—¿Sois muchos? —preguntó.

—Miles... decenas de miles...

Dexter pensó que el agonizante exageraba, sin duda a causa del delirio producido por la agonía.

—No puede ser, no había tantos cuando nosotros estuvimos allí —dijo.

—Sí, cada día... cien... El acelerador...

De repente, la cabeza del soldado se dobló a un lado y su respiración se extinguió.

CAPÍTULO VII

Dexter soltó los arneses que sujetaban el propulsor aéreo al cadáver de su dueño y apartó éste a un lado. Luego se colocó el aparato y lo manejó para subir hasta donde se hallaba el otro, que apenas había derivado algunos metros, a causa de alguna eventual racha de brisa.

El segundo propulsor descendió lentamente hasta el suelo. Dexter se ocupó de llevar los dos cadáveres hasta un lugar donde la corriente era rápida. El río hizo desaparecer bien pronto aquellos dos cuerpos.

Al terminar la operación, regresó junto a la muchacha.

—Te sientes preocupado —dijo ella.

—Es lógico. Hemos sido descubiertos por dos exploradores, aunque, a menos que fuesen telépatas, no han podido comunicar su hallazgo.

—Carecían de radio.

—Sí. Esa es una ventaja para nosotros. Otra ventaja es su armamento. No tienen pistolas solares o térmicas, de modo que se ven obligados a recurrir al anticuado arco, a las flechas y a las espadas. Pero, ¿cómo ha podido decir que son decenas de miles, cuando la cifra máxima que nosotros calculábamos no pasaba de cuatro mil? Al menos, en lo que se refiere a personal combatiente, no al total de la población.

—No parecía mentir ni exagerar —observó Myria.

—Sí, ya me he dado cuenta. Era sincero, pero, si dijo la verdad, ¿de dónde ha sacado Duhurr tantos soldados?

Myria sonrió.

—Una buena idea sería acercarse al pueblo ex dormido y ver lo que sucede, ¿no crees?

—¿Te atreverías? —preguntó él.

—Si Hammaryx está en peligro, debo arriesgarme, Dexter.

El joven sonrió.

—Eres una chica maravillosa. ¿Te lo han dicho alguna vez?

—No —se ruborizó ella—. Las costumbres en Hammaryx son un tanto distintas de las terrestres.

—Sí, me lo imagino. Elogiar la belleza, física o moral, de una persona que no nos pertenece, es incorrecto.

—Allí, sí, pero, ¿cómo lo sabes?

—Soy explorador, recuérdalo.

—Es cierto —sonrió Myria—. Bien, ¿cuándo iremos a la ciudad de roca?

Dexter meditó unos segundos.

—Me pregunto qué habrá querido decir ese pobre hombre al mencionar un acelerador. —Hizo un gesto con la cabeza—. No tendremos otro remedio que averiguarlo personalmente.

De pronto, miró a la muchacha.

—¿Sabes manejar un propulsor individual? —preguntó.

—No, nunca he utilizado un artefacto semejante —replicó Myria.

—Entonces, no me queda otro recurso que enseñarte su manejo. No es difícil... y te gustará.

—Estoy segura —dijo ella.



Dexter cubrió el campamento con ramajes, de tal modo que, a no conocer su emplazamiento, no se podía saber dónde se hallaba. Además, decidió aprovechar el hecho de que los tres satélites de Hjirinx estaban en fase de luna llena, lo que daba la claridad suficiente para poder volar de noche, sin riesgo de un encontronazo nada agradable.

Partieron dos días más tarde, una vez Myria supo manejar el propulsor. Dexter señaló como hora de partida la madrugada.

—De este modo, llegaremos a las inmediaciones de la ciudad de roca poco antes de amanecer.

Volaron a una velocidad moderada, pese a que podían alcanzar una mucho mayor, pero carecían de monos y casco protector, con la máscara consiguiente, por lo que Dexter estimó como no perjudicial una velocidad situada entre los cincuenta y sesenta kilómetros por hora. Myria se mostraba cada vez más segura con el propulsor, y en todo momento procuraba estar situada a corta distancia del joven.

Esta vez, como armamento, Dexter llevaba una pistola solar. Formaban parte del equipo, pero los reglamentos prohibían su utilización en planetas donde se iniciaba la fase de exploración. Por ello habían quedado en el coche, con el resto del equipo, pero ahora ya sabían que los habitantes de Hjirinx, bien que no de un modo totalmente voluntario, eran hostiles.

Por tanto, la ley no quedaría quebrantada si eran atacados y empleaba la pistola solar.

Tres horas después de la partida, Dexter inició la maniobra de descenso hacia el bosque que tenían a sus pies. A menos de tres mil metros, el pináculo de roca brillaba casi como si fuese de vidrio, despidiendo mil destellos por sus numerosas facetas. Cosa extraña, en ninguna de las ventanas se veía luz.

Después de tocar tierra, se desprendieron de los aparatos, escondiéndolos bajo un enorme matorral. Luego reanudaron la marcha

a pie.

Amanecía ya, cuando llegaban al lindero del bosque. Entonces presenciaron un espectáculo fantástico.

Al otro lado, rodeando a la pirámide de roca, hasta formar un enorme semicírculo, de más de dos kilómetros de diámetro, había centenares y aun millares de tiendas de campaña, perfectamente alineadas, cada una de las cuales, apreció Dexter, era capaz para media docena de hombres por lo menos.

En uno de los lados de aquel colosal campamento, divisó cocinas y edificios destinados, sin duda, a suministros y almacenamiento de armas y equipos. Entre las hileras de tiendas, a intervalos regulares, se veían centinelas armados, paseándose rítmicamente, con la precisión y eficiencia de unos soldados bien instruidos.

El espectáculo daba una aterradora sensación de fuerza y poderío, conseguidos poco menos que mágicamente en el breve espacio de dos meses. Dexter creyó que soñaba, pero la realidad se encargó de hacerle ver que estaba completamente despierto.

—Es fantástico —comentó Myria, a su lado.

—Si me lo hubiesen contado, habría tachado de mentiroso al que me hubiera hablado de la existencia de este campamento —contestó él.

De repente, todas las ventanas de la pirámide se iluminaron a un tiempo. Los soldados empezaron a salir de sus tiendas, formando por pelotones en espacios determinados de antemano.

Al mismo tiempo, los habitantes de la roca empezaron a salir también por las distintas escaleras. Dexter seguía con los prismáticos los menores detalles de la escena.

Uno, sobre todo, llamó poderosamente su atención; no se veían mujeres ni niños, como tampoco ancianos. Todos eran hombres jóvenes, como máximo, de cuarenta años.

—Soldados, soldados... —murmuró Dexter.

—¿Contra Hammaryx?

De súbito, un distante clamoreo llegó hasta los dos jóvenes.

A través de los prismáticos, Dexter pudo divisar en la explanada más alta, la correspondiente a la sala donde había encontrado a Myria, a un hombre ataviado con ricas vestiduras y cubierta la cabeza con una especie de casquete metálico, piriforme, con el águila tricéfala como adorno principal.

—Es él, él —exclamó, sordamente.

—¿Quién, Dexter? —preguntó la muchacha.

—Duhurr. Pero en nuestra nave se hacía llamar profesor Karpatz.

Myria conocía sobradamente la historia y lanzó una exclamación de asombro. En aquel momento, Karpatz alzaba sus dos brazos al cielo.

Millares de personas le imitaron. Un confuso clamoreo llegó hasta el bosque. Incluso los soldados levantaban sus armas, anticuados fusiles de pólvora. Eran armas mejores que los arcos, reconoció Dexter.

Luego, Karpatz bajó los brazos e hizo un ademán con una mano. La muchedumbre se disolvió. Gran parte de ellos desaparecieron en el interior del pináculo de roca. Los soldados se entregaron a diversos ejercicios de entrenamiento.

Dexter se acarició la mandíbula.

—Estoy pensando...

—¿Sí? —dijo ella.

—Que Karpatz, o Duhurr, como quieras llamarlo, se prepara para una guerra de conquista, es algo tan evidente que no necesita confirmación. Pero no sabemos cuál es su objetivo ni cuándo se dispone a atacar. Dudo mucho, por otra parte, que logremos enterarnos de quién conoce esos detalles.

—Subir a la pirámide resultaría ahora peligrosísimo —dijo la muchacha.

—Sí —admitió él—. Pero me parece que podríamos asestarle un par de buenos golpes.

—¿Cómo? —preguntó Myria.

De pronto, varios cientos de soldados se elevaron simultáneamente en el aire, sostenidos por sus propulsores individuales. Parecían una pequeña nube de langosta, pero al hallarse a unos cincuenta o sesenta metros, la nube se fragmentó en infinidad de patrullas, cada una de las cuales estaban compuesta por una pareja de soldados.

Varias docenas de parejas volaron directamente hacia el bosque.

—¡Vienen hacia aquí! —exclamó Myria, muy asustada.

—Calma —dijo Dexter—. Por muy entrenados que estén esos soldados, les falta experiencia directa de combate. Pero, naturalmente, yo no voy a combatir por el momento, a menos que las circunstancias me fuercen a ello. Myria, ¿sabes trepar a los árboles?

—A veces, cuando era niña...

—Tendrás que refrescar tus conocimientos sobre el particular — rio Dexter—. Y si no, yo te ayudaré. ¡Ven!

Un minuto más tarde, se hallaban a veinte metros del suelo, en el centro de la espesa copa de un árbol, que les ocultaba por completo a la vista del adversario.

—Y ahora, silencio y paciencia —dijo él.

Myria asintió. Dos patrullas pasaron a cincuenta metros sobre sus cabezas, sin sospechar siquiera su existencia.



Al atardecer, dos soldados descendieron al suelo y se despojaron de sus propulsores.

—Estoy molido —dijo uno.

—Hemos volado todo el día —manifestó el otro—. Peso no podemos permitirnos demasiado rato de descanso.

—La disciplina es muy rigurosa.

—Como debe ser, como ha sido siempre.

—Es curioso —dijo el soldado que había hablado en primer lugar —. Nunca hemos conocido otra vida que ésta. ¿Por qué será, tú?

El otro se encogió de hombros.

—No es cosa que me preocupe. Pronto lucharemos; es lo que me gusta —respondió.

—A mí no me disgusta, desde luego, aunque sí me agradaría haber conocido a mis padres. Ekthos, ¿qué nos ha pasado? ¿Por qué hemos aparecido de repente en ese campamento? ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos?

—Ranur, no te preocupes del pasado. Piensa en el presente, pero más todavía en el futuro. Habrá un buen botín, mujeres hermosas... y una altísima recompensa si encontramos a los dos fugitivos.

—Sí, es verdad. Pero no hemos encontrado el menor rastro de ellos. Quizá han muerto, Ekthos.

Dexter cayó en aquel momento de lo alto, sorprendiendo absolutamente a los dos soldados. Ekthos recibió una patada en la mandíbula, que lo dejó sin sentido instantáneamente. Ranur se precipitó hacia su fusil, pero cuando ya lo tocaba, se sintió agarrado por el cuello de forma irresistible.

Giró a la fuerza sobre sus talones. Un puño hundió su estómago, dejándole sin respiración. Jadeando agónicamente, cayó de rodillas, con los ojos nublados por las lágrimas.

Dexter se apoderó de uno de los fusiles. Era liviano, manejable y disponía de un cargador de veinticinco cartuchos de gran alcance y doce milímetros de calibre. Una sola bala de aquellas pondría fuera de combate en el acto a un hombre, aunque no le hiriese en un lugar vital.

Myria descendió del árbol. Dexter le entregó el fusil.

—Vigila a este hombre —indicó.

Ella asintió. Mientras, Dexter se ocupaba en atar y amordazar a Ekthos con tiras hechas de sus propios ropajes. Al terminar, se encaró con Ranur, que ya se había recobrado casi por completo del golpe recibido.

—Los fugitivos están aquí —dijo alegremente.

Ranur se puso en pie.

—¿Piensas matarnos? —preguntó, muy pálido.

—No, a menos que no tenga otro remedio. O que te niegues a contestar a mis preguntas.

El prisionero se encogió de hombros.

—No tengo alternativa —respondió.

—Así está mejor —dijo Dexter—. ¿Cuál es vuestro número total?

—Doce mil, pero todos los días llegan más de doscientos nuevos soldados.

—¿De dónde vienen?

—No lo sé. Llegan, eso es todo.

—Las armas son buenas, aunque anticuadas. ¿Quién las proporciona?

—Duhurr. Él lo puede todo —contestó Ranur.

—¿De veras? Entonces, ¿cómo permite que estemos sueltos por ahí? ¿Cómo un hombre que, según tú, todo lo puede, no es capaz siquiera de señalar a sus patrullas el lugar en que nos encontramos?

Ranur se quedó desconcertado. En su mente simple, adivinó Dexter, no había tenido cabida, hasta aquel momento, aquel simple razonamiento.

—Antes oí que decías te gustaría conocer a tus padres. ¿Es que no los has conocido?

Ranur negó con la cabeza.

—No —repuso.

—¿De dónde vienes?

—Lo ignoro. Sólo sé que un día me desperté siendo soldado.

Dexter entornó los ojos.

—Duhurr, evidentemente, es un hombre muy poderoso, aunque no de una forma absoluta —comentó—. ¿Tienes alguna idea de cuándo piensa lanzarse a la guerra?

—No sé la fecha exacta. Lo único que puedo decirte es que Duhurr aguarda la llegada de la diosa que será su esposa.

—¡Caramba! —respingó Myria—. No me suponía digna de tanto honor.

Ranur la miró con curiosidad.

—¿Eres tú esa diosa? —preguntó.

—Duhurr es un embaucador —contestó ella—. Sólo soy una mujer de carne y hueso.

—Ranur, tú eres nuevo pero, dime, ¿no has hablado en alguna ocasión con alguno de los antiguos moradores de la ciudad de roca? —inquirió Dexter.

—Sí, desde luego.

—¿Han mencionado ellos algo acerca de la roca?

—Sabemos que han permanecido dormidos durante más de

trescientos años y que despertaron cuando llegó el momento de la aparición de la diosa. Pero algo ha sucedido que lo ha impedido.

—Sí, claro, la diosa renunció a ese papel y se largó —dijo Dexter, con sorna—. Una pregunta más, Ranur. ¿Sabes si entre los pertrechos de que dispone tu ejército hay explosivos?

—Creo que sí. Hay un edificio que está constantemente vigilado.

Ranur facilitó unos informes preciosos sobre la ubicación del que Dexter consideró como un polvorín. Luego, el joven dijo:

—Lo siento, no tengo otro remedio que atarte. Cuando consigas soltarte, di que fuimos nosotros y que os atacamos por sorpresa. Y si empiezas a utilizar tu cerebro, piensa que todo lo que Duhurr os ha contado no es sino una absurda fábula. Cuéntaselo también a los demás y di que la diosa no es sino una preciosa chica, que lo que menos desea es convertirse en la esposa del Supremo. ¿Me equivoco, Myria?

—Has dicho la verdad, Dexter —contestó la muchacha, firmemente.

CAPÍTULO VIII

Esperaban en lugar seguro a que llegase la siguiente media noche.

—¿Por qué quieres atacar el polvorín en primer lugar? —preguntó Myria, agazapada junto al joven en la oscuridad.

—Hay varias razones para ello, las cuales sabrás en el momento oportuno —contestó él—. Pero me siento intrigado por una cosa.

—Dilo, por favor —pidió ella.

—Un ejército como el que está alistando Duhurr necesita una cantidad impresionante de pertrechos de todas clases.

—Los fabrica, Dexter.

—Sí pero aunque la fábrica esté aquí, en Hjirinx, las materias primas han de ser importadas. Eso requiere una nave de carga de gran tamaño.

—¿No las hay?

—Ya lo creo. Algunas, incluso, podrían contener holgadamente a todo el ejército actual de Duhurr, con su equipo y armamento. Sé de una, la Atenas...

Dexter se interrumpió de súbito.

—La Atenas, claro —exclamó un instante después.

—¿Qué sucede con esa astronave? —preguntó Myria, curiosa.

—Te lo contaré otro rato. Ahora lo mejor es empezar a actuar. Anda, ven, sígueme y no olvides las instrucciones que te he dado.

—Descuida.

Caminaron con absoluto sigilo. Dexter había descubierto ya que el campamento no tenía valla protectora.

En realidad, no se necesitaba, ya que Duhurr no podía esperar un ataque de otro ejército igual o superior.

Pero sí debía haber pensado en él, se dijo Dexter, cuando ya tenían a la vista el polvorín.

Era una especie de barracón, de estructura metálica, de cuarenta metros de largo por diez de ancho y cuatro metros de altura. No había ventanas, sino orificios de ventilación, aunque sí disponía de una puerta, ante la cual había un centinela armado.

El centinela fue rápida y silenciosamente reducido por Dexter. A continuación, el joven hizo que Myria colocase su anillo junto a la cerradura de la puerta.

La cerradura se volatilizó casi en el acto. Dexter y Myria penetraron en el polvorín.

El joven encendió su linterna. Había una enorme cantidad de cajas apiladas regularmente. Muchas contenían cartuchos de fusil. Otras guardaban cargas explosivas e incendiarias.

Los rótulos estaban en idioma terrestre. Dexter cargó la mochila que había llevado consigo previsoramente. Luego preparó una de las cargas, para que hiciera explosión quince minutos más tarde.

Salieron del polvorín, situado en uno de los extremos del campamento, y corrieron hacia la parte del borde situada más cerca del cono de roca. Dexter se detuvo un momento, estudió la dirección del escaso viento que soplaba, consultó la hora y estimó que disponía aún de cinco minutos.

—Ven, Myria.

La muchacha le siguió sin rechistar. También ella portaba una bolsa con algunos explosivos. De pronto, Dexter se paró.

—Falta un minuto —dijo, a la vez que sacaba de su mochila una granada incendiaria.

Avanzó unos cuantos pasos. Las primeras tiendas se divisaban a veinte metros de distancia.

Tenía la vista fija en el reloj. Cuando advirtió que se había cumplido el primer plazo, lanzó la bomba.

Se oyó una sorda explosión. Chorros de fósforo ardiente partieron silbando por todas partes. Las telas de dos tiendas de campaña se inflamaron de golpe.

Se oyeron gritos de alarma. Dexter arrojo otra bomba todo lo lejos que pudo, provocando el incendio de varias tiendas más. El viento hizo que las llamas se propagasen hacia el interior del campamento.

Súbitamente, se oyó una terrorífica explosión. Un colosal chorro de fuego subió a gran altura, disipando la oscuridad en un enorme espacio. Más explosiones siguieron oyéndose durante un rato, a medida que se inflamaban las cargas que no habían estallado en un principio.

Dexter continuaba lanzando bombas incendiarias, de las que tenía una gran provisión. En el campamento reinaba una confusión absoluta. Los soldados iban y venían, corriendo frenéticamente, sin saber qué hacer. Para Dexter, resultaba patente que, entre el entrenamiento recibido, no figuraba ningún método para afrontar situaciones inesperadas.

Más de la mitad del campamento era una tea. Las armas y municiones ardían y estallaban también, con un crepitar infernal, que aturdía y ensordecía a los soldados. En el pináculo de roca se habían encendido la mayoría de las luces.

Dexter lanzó una risa burlona.

—El Supremo, el que todo lo puede —dijo, despectivamente—. Vámonos ya de aquí, Myria.

Aprovechando el desconcierto, pudieron escapar con toda facilidad, sin ser molestados en absoluto.



La llegada del nuevo día iluminó un espectáculo desolador.

Todos los edificios contiguos al polvorín habían saltado por los aires. En el campamento eran cenizas tres cuartas partes de las tiendas. Dexter calculó que asimismo debían de haberse inutilizado gran cantidad de fusiles y municiones, como también numerosísimos propulsores individuales.

Para Duhurr-Karpatz, pensó Dexter, significaba un golpe durísimo. Por numeroso que fuese el aporte de soldados, las pérdidas que le había causado con aquel golpe de mano iban a ser, si no difíciles, sí costosas de reponer. En todo caso, los propósitos de Karpatz, estimaba, habían sufrido un notable retraso.

—Más la pérdida de prestigio —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Myria, bajando los prismáticos que tenía en las manos y con los que observaba los movimientos del campamento enemigo.

—Hasta ahora, Karpatz había declarado ser un sujeto que todo lo sabía y que era poco menos que infalible. Si Ranur y el otro se han soltado de sus ligaduras, algo dirán, créeme. Pero más que nada, los demás habrán podido darse cuenta de que Karpatz, al que ellos llaman Duhurr, no es el ser todopoderoso de que alardea. Y eso no es todo aún.

—¿Qué quieres decir?

—El ataque ha sido dirigido contra los soldados. Es preciso que les demos una buena lección a los ocupantes de la ciudad.

—¿Cuál es tu plan? ¿Podré ir contigo?

Dexter se volvió sonriendo hacia la muchacha.

—¿Lo deseas? —preguntó.

—Sí, claro.

—No sé si dará resultado, aunque, claro está, me parece que debo intentarlo. Abrigo la sospecha de que los habitantes de la ciudad se creen una especie de casta superior.

—¿Y?

—También les conviene recibir una buena lección. Pero no ahora, sino a la noche, cuando estén dormidos.

—Nosotros hemos pasado la noche en vela —le recordó ella.

—Lo sé, y por lo mismo, vamos a buscar un lugar seguro, donde dormir con tranquilidad, sin ser molestados.

—Eso va a resultar un poco difícil, Dexter.

Myria señalaba con la mano hacia el campamento. Densos pelotones de soldados, armados con fusiles, se ponían en marcha, tomando distintas direcciones. Otros; en cambio, quedaban en el

campamento, dedicados a las tareas de limpieza y reconstrucción.

—Lo mejor será que nos larguemos de aquí —dijo él.

Al mismo tiempo, un par de cientos de soldados equipados con propulsores individuales se elevaban en el aire. Dexter corrió hacia los suyos y ayudó a la muchacha a equiparse. Luego, mientras él sujetaba los arneses de los suyos, le dio determinadas instrucciones.

—De acuerdo —dijo ella.

Myria se elevó en el suelo hasta una altura de un par de metros. Dexter hizo lo mismo, pero quedando bajo su cuerpo, de modo que la muchacha fuese sentada literalmente sobre la mochila del cuerpo principal del propulsor, con la cara vuelta hacia atrás. Dexter ganó un par de metros más de altura y luego dijo:

—¡Agárrate bien, Myria!

El propulsor de la muchacha estaba funcionando a potencia mínima, lo justo para sostenerla en el aire, lo cual restaba peso a la carga que Dexter debía soportar. Ello le permitió lanzarse hacia adelante a toda velocidad.

Volando casi a ras del suelo, contaban con la bóveda vegetal para ocultarse. Dexter podía así ver los obstáculos y sortearlos adecuadamente, mientras que Myria, vuelta en dirección opuesta a la marcha, podía vigilar los movimientos de unos posibles atacantes.

La treta logró un éxito completo. Dos horas más tarde, Dexter consideró que se hallaban en completa seguridad y descendió para tomar tierra y entregarse a un merecido descanso.

El campamento fue instalado en un lugar opuesto al punto donde se había producido el encuentro con Ranur y Ekthos. Después de tomar un bocadillo, ambos se tendieron sobre la fresca hierba y se entregaron a un sueño reparador, del que realmente estaban necesitados.



Despertaron al atardecer. Dexter preparó algo de comida. Myria quiso conocer los planes del joven.

—Difícil —calificó, cuando él los hubo explicado.

—Creo que debemos intentarlo. Es preciso golpear duramente el prestigio de Duhurr.

—Pero eso no lo podrá derrotar.

—¿Hemos de quedarnos con las manos quietas, mientras él está preparando una colosal operación guerrera?

Myria hubo de admitir que los argumentos del joven eran correctos.

—Sí, tienes razón —convino—. Es preciso que hagamos algo.

—Pero un poco más tarde. Aunque es de suponer que a partir de ahora habrá una vigilancia mucho más acentuada, nuestro ataque, como ya sabes, se va a producir en el lugar menos esperado.

La chica sonrió.

—Sí, será un buen golpe —dijo.

Pasada la media noche, emprendieron el vuelo nuevamente.

Dexter maniobró con el fin de llegar con la luz de las lunas a la espalda, lo que ya evitaría que el reflejo de alguna de las partes metálicas de su equipo pudiera ser captado por algún centinela. Pero, además, volaron a gran altura, al objeto de evitar el posible encuentro con alguna patrulla aérea.

El pináculo de roca se hizo visible poco después. En la noche brillaba como una aguja de plata. Dexter aguardó hasta que estuvieron sobre su vertical y entonces descendieron perpendicularmente.

El descenso se efectuó con gran lentitud. Dexter iba el primero, guiando a la muchacha. Ella le seguía puntualmente, imitando sus maniobras con absoluta exactitud.

Al cabo de unos minutos, se detuvieron en el último rellano. Myria reconoció bien pronto el lugar.

—Ya hemos estado aquí —cuchicheó.

—Claro —sonrió él—. Pero Duhurr no lo sabe o ya habría colocado centinelas. En realidad, más que un ser todopoderoso, es un sujeto pagado de sí mismo y con un exceso de confianza en sí mismo que puede resultarle fatal.

Instantes después, penetraban en el corredor que conducía al gran aljibe.

Dexter encendió la linterna. El agua era una lámina negra que espejeaba al recibir los rayos luminosos. Una vez en el borde, Dexter sacó una de las cargas explosivas e hizo en ella algunas manipulaciones.

—Dame tu mochila, Myria —pidió a continuación.

Ella accedió. Entonces, Dexter se elevó un metro sobre la cornisa y voló suavemente hasta situarse en el centro de la cisterna. Perdió altura, de modo que sus pies rozaban la superficie líquida, y entonces, con gran cuidado, dejó caer las dos mochilas, que se hundieron de inmediato en el líquido.

Dexter alumbró el descenso de los explosivos, hasta que los perdió de vista. Entonces se dirigió hacia la salida.

—Vamos, Myria.

Instantes después se hallaban en el exterior. Dexter tomó la mano de la muchacha y se alejaron cosa de mil metros, situándose, además, a unos trescientos por encima de la cumbre. Un par de minutos más tarde, oyeron una fragorosa explosión.

Chorros de agua salieron por la puerta, aunque no en gran

cantidad. Después del estallido de las cargas, Dexter y Myria percibieron una serie de crujidos, como de fractura de rocas de gran tamaño, que sonaban en sentido descendente. De súbito, vieron que salían chorros de agua por numerosas ventanas situadas bajo la cisterna.

—Lo conseguimos —exclamó Dexter.

—Has hundido el fondo del aljibe —dijo ella.

—Es lo que pretendía.

La gente salía aterrorizada, chillando despavoridos a causa de la súbita inundación que había seguido al hundimiento, producido sin que nadie supiese las causas. Dexter calculó que el desfondamiento del aljibe habría producido el hundimiento de unos cuantos pisos, aunque el resto de la estructura interna debía de haber resistido perfectamente. A partir de unos cuatrocientos metros del suelo, la ciudad continuaba intacta, calculó.

Pero les había asestado un duro golpe, se dijo. Vivir a cuatrocientos metros del suelo, sin agua, tenía que resultar terriblemente incómodo.

—Dexter, ¿cuál será el próximo golpe? —preguntó la muchacha.

—Tenemos que pensarlo —contestó él—. Anda, vámonos.

De nuevo se había reproducido la confusión en el campamento y en la ciudad de roca. Dexter y Myria se alejaron volando a gran altura.

De repente, Myria lanzó un agudo grito:

—¡Dexter, mi propulsor está fallando!

CAPÍTULO IX

La luz era lo suficientemente intensa para contemplar la escena con todo detalle, aparte de que tenían las pupilas habituadas a la relativa oscuridad de la noche. Dexter vio que la muchacha hacía desesperados esfuerzos para mantenerse en vuelo, pero que, a pesar de todo, perdía altura con notable rapidez.

Picó hacia ella, para sostenerla en el aire. De repente, notó que su propulsor perdía potencia.

Activó el aparato al máximo, con lo que sólo consiguió que Myria se alejase de él más todavía. Entonces redujo la sustentación y se lanzó hacia abajo a toda velocidad.

Consiguió nivelarse y agarró una de las manos de la muchacha. Pero el esfuerzo resultó inútil.

—¡Dexter, sálvate tú! —gritó ella.

El joven no contestó. Sujetó con fuerza su mano y manejó el mando de sustentación, dándole toda potencia.

La velocidad de descenso se redujo considerablemente, pero aun así, la caída resultaba irremediable. El suelo estaba ya a poca distancia.

Dexter no comprendía qué había hecho fallar los motores. Las pilas que les suministraban energía eran del tipo solar, lo que significaba que la recarga era fácil y sin complicaciones, mediante la acción de los rayos de alguna estrella tipo Sol-Tierra, como la que alumbraba Hjirinx. Dexter sabía que podían haber volado todavía unas cuantas horas, antes de tener que detenerse para recargar las baterías, pero inexplicablemente, los motores se paraban o funcionaban al mínimo de potencia.

Un árbol redujo considerablemente la velocidad. Dos cuerpos humanos atravesaron la copa, tronchando ramas ruidosamente. Un fuerte golpe hizo que Dexter se separase de la muchacha. El instinto resultó poderoso y pudo agarrarse a una rama, que resistió su peso.

Myria cayó al suelo.

Dexter oyó un leve grito de la muchacha. Luego, Myria calló.

Forcejeó para buscar una mejor posición. De súbito, se quedó inmóvil.

—¡Demonios! ¡Esta mujer ha llovido del cielo! —exclamo alguien.

Al pie del árbol, un hombre encendió una lámpara.

—Eh, tú, creo que es ella, la mujer a quien busca el Supremo.

Sonaron pasos en las inmediaciones.

—¿Qué pasa por ahí? —preguntó alguien de voz autoritaria.

Dexter permanecía absolutamente inmóvil. Había mucha

oscuridad en el suelo, y aparte de ello, el número de soldados que había bajo él parecía considerable para emprender una lucha por el rescate de Myria, sin un mínimo de garantía de éxito. Era cierto que disponía de un fusil y municiones, pero un combate, aparte de la posibilidad de perderlo, entrañaba el riesgo de causar una herida a Myria.

—Está viva —dijo uno.

—Ha perdido el sentido en la caída.

—En la ciudad hay médicos. Allí la curarán.

Dexter escuchaba la conversación sin atreverse a mover una sola pestaña. De pronto, uno de los soldados dijo:

—Capitán, acabo de recibir un mensaje del Supremo.

—¿Qué dice?

—Los propulsores pueden funcionar de nuevo.

—Está bien, infórmale que hemos capturado a la mujer. Del hombre no sabemos nada. Se habrá estrellado en otro sitio, pero ya encontraremos su cuerpo.

—Sí, señor.

Desde lo alto de la copa y merced a las luces encendidas, Dexter podía ver los movimientos de los soldados. Esta vez no se trataba de una simple pareja, sino de un nutrido pelotón, compuesto por más de una veintena de hombres.

Iniciar un ataque sólo podía significar el desastre absoluto. La vida de Myria sería respetada, pero si él estaba a salvo, podría intentar el rescate.

Los propulsores funcionaban de nuevo. Ello significaba que el anulador de potencia, empleado por Karpatz, había sido desconectado. Dexter conocía la existencia de tales aparatos. Simplemente, emitían unas ondas de gran potencia y signo distinto a la electricidad que movía los propulsores, lo que provocaba indefectiblemente el paro del generador que los mantenía en el aire. No obstante, el alcance del anulador era relativamente limitado. Quizá por esa razón, Myria había caído, por volar algo más cerca del centro de emisión de ondas anuladoras.

Pero ahora ya podía usar su aparato. Dio media vuelta a la llave, y en el pequeño cuadro de mandos situado en la parte delantera del arnés, vio la lucecita que indicaba el perfecto funcionamiento del generador.

Instantes después, salía disparado a las alturas.

Se oyó ruido de ramajes agitados con violencia. Abajo sonaron algunos gritos:

—¡Estaba aquí, encima de nosotros!

—¡Fuego, fuego!

Estallaron varios disparos. Pero la velocidad de ascenso de

Dexter, si no era igual a la de las balas, se le acercaba mucho, con el motor a plena potencia.

En unos segundos, antes de que los soldados pudieran rectificar la puntería, se perdió de vista, volando astutamente hacia la zona de mayor oscuridad, lejos del sector alumbrado por los satélites de Hjirinx.



Myria abrió los ojos, sintiendo difusos dolores en el cuerpo. Al mismo tiempo se dio cuenta de que estaba tendida en un lecho no demasiado blando, pero tampoco de una dureza absoluta.

En torno a ella reinaba una suave penumbra. La muchacha se percató igualmente de que su cuerpo estaba cubierto solamente por la sábana que le llegaba desde los hombros a las rodillas.

Cerca de ella oyó un débil tintineo. Alguien se acercó, le alzó un poco la cabeza y le puso un vaso en los labios.

—Bebe.

Myria obedeció. El líquido era insípido, pero a los pocos momentos, sintió que las fuerzas le volvían y que la mente se le despejaba de un modo total. Los dolores corporales, sin embargo, persistían, si bien muy atenuados y no demasiado molestos.

Un rostro sonriente apareció ante sus ojos.

—¿Mejor?

—Sí.

—Lo celebro. Llegué a pensar que tendría que buscarte una sustituta, pero al fin he logrado capturarte.

—Usted es Karpatz —dijo Myria.

—Sí. Estoy seguro de que ese osado de Dexter Duane te ha hablado de mí.

—Mucho y nada bueno.

Karpatz se encogió de hombros.

—Cuando se quiere alcanzar una posición preeminente, no se puede ser bueno. Bondad igual a tontería. Eso es algo que no puedo permitirme: ser tonto.

—Dexter se ha burlado de usted en dos ocasiones.

—Lo sé. Me ha causado graves trastornos, aunque en nada que no pueda repararse con el tiempo. Y el natural esfuerzo, claro.

Myria contempló unos instantes al hombre de elevada estatura que tenía ante sí.

—Estoy segura de que esto es algo que tenía planeado usted desde hace mucho tiempo —dijo.

—Así es —sonrió Karpatz.

—Incluyéndome a mí en sus planes.

—Exacto.

—¿Por qué yo precisamente, doctor?

—Puedes llamarme Odin. En el futuro, nuestra relación será muy estrecha. Por tanto, es conveniente que empieces a aprender a confiar en mí.

—Eso es imposible.

Karpatz se encogió de hombros.

—Cuestión de tiempo —respondió fríamente.

—Sí, tal vez. Pero aún no me ha dicho por qué me eligió a mí.

—Conozco bien Hammaryx. Necesitaba una pareja que completase mis planes. Esa mujer debía reunir determinadas condiciones.

—¿Significa eso que estuvo estudiándome durante algún tiempo?

—Meses —sonrió Karpatz—, pero no fue a ti sola a quien estudié, sino a un par de centenares de chicas comprendidas entre los diecisiete y veinticinco años, la edad óptima de una mujer. Al fin, la computadora que tabuló los datos reunidos sobre todas vosotras te eligió a ti.

—¡Qué honor haber sido elegida por una máquina! —dijo Myria, sarcástica—. ¿Y cuáles son esas cualidades especiales que poseo y de las que hasta ahora no estoy enterada?

—Podrás tener hijos telépatas, los cuales, a su vez, engendrarán descendientes telépatas... y así sucesivamente, ¿comprendes?

Ella miró fijamente al hombre que tenía ante sí y en quien adivinó una insaciable ambición de poder.

—Y usted, claro, nos dominará a todos —dijo.

—Los dominaremos entre los dos —sonrió él.

Myria quiso decir que jamás entraría en el pensamiento de sus hijos, al menos para gobernarlos despóticamente, pero se contuvo. El nacimiento de su primer hijo era algo todavía muy lejano.

—Pero no entiendo —manifestó—. ¿Por qué tuvo que traerme a Hjirinx? ¿Por qué, precisamente, tuvo que enterrarme en un sarcófago de vidrio, rodeado de gente?

—Leyendas de este país —respondió Karpatz—. Ellos, los habitantes de la ciudad de roca, se aislaron hace muchísimos años, para evitar una epidemia que azotó el planeta, dejándolo casi enteramente despoblado. Con objeto de volver a la vida cuando ya no hubiese peligro de caer atacado por esa enfermedad mortal, construyeron esos sarcófagos y se sumieron en un profundo sueño, que ha durado cientos de años. Un procedimiento especial, inventado por sus científicos, les mantuvo en perfecta hibernación durante casi tres siglos y medio, al cabo de cuyo tiempo han despertado con toda normalidad y sin padecer la menor secuela como consecuencia de su

largo sueño.

—Pero yo no he dormido tanto tiempo —exclamó Myria.

—Oh, no —sonrió Karpatz—. En realidad, sólo unas pocas semanas.

—Y me vistió con aquellos ropajes...

—Los ropajes propios de la diosa que despertaría cuando todo su pueblo hubiese despertado. Al menos, eso decían las leyendas que yo descifré hace unos cuantos años, amén de otras cosas muy interesantes.

—Y en vista de ello, planeó convertirse en el dueño de este pueblo dormido —dijo la muchacha.

—¿Por qué no? —Karpatz sonreía de un modo extraño—. Son todos gente muy inteligente y preparada, y, como yo, ambiciosos de poder, aunque con la debilidad de la extraña superstición por su diosa. La leyenda dice también que un semidiós llegaría de las estrellas, matrimoniaría con la diosa y tendrían numerosos hijos de gran fuerza y sabiduría.

—Una bonita manera de convertirse en uno de los protagonistas de la leyenda —comentó Myria—. ¿Se lanzará después al asalto de Hammaryx ?

—De momento quiero que Hjirinx sea totalmente mío. Y quiero estudiar también a mi... a nuestra descendencia. Una vez que estemos bien asentados en Hjirinx, veremos de lanzarnos a la conquista de otros planetas.

—Lo tiene todo bien planeado, doctor...

—Odin, por favor, querida —solicitó Karpatz.

—Está bien, Odin. Todo está bien planeado, sólo que hay alguien que quizá pueda estorbar esos planes.

—Si te refieres a Dexter, te diré qua ya está fuera de combate.

Myria sintió que se le paraba el corazón.

—¿Ha muerto? —preguntó.

Karpatz lanzó una atronadora carcajada.

—Oh, no, en absoluto —contestó—. Pero sabe que estás aquí y vendrá a rescatarte.

—Ya entiendo. Usted le tenderá una trampa.

—Exactamente. No sabes cuánto celebro tu perspicacia. Ello me confirma en la idea de que la computadora acertó en la elección de mi pareja.

—Pero el golpe de teatro que usted quería representar conmigo ya no se realizará.

Karpatz se encogió de hombros.

—Ya idearemos algo, cuando estés repuesta por completo —respondió—. Caíste de gran altura, y aunque no tienes ninguna fractura, sí he podido curarte numerosas magulladuras.

—También es médico —se admiró ella.

—Sí, saber medicina es algo que nunca está de más.

Karpatz señaló una silla en la que se veían algunas prendas de ropa.

—Cuando te sientas mejor, vístete. Pero no podrás salir de la habitación —advirtió.

—No siento el menor deseo de marcharme de aquí —mintió la muchacha—. No obstante, sí me gustaría tomar un baño, aunque temo que eso es algo imposible.

Karpatz se echó a reír.

—La voladura de la cisterna fue una idea excelente —dijo—. Pero ya tengo equipos de trabajadores que la están reparando. Se reparará igualmente el sistema de aprovisionamiento de agua, de modo que las dificultades a este respecto no durarán demasiado. Por supuesto, en el cuarto de baño contiguo dispones de agua en cantidades ilimitadas.

Karpatz se alejó hacia la puerta.

—Esperaré a que Dexter venga a rescatarte. Cuando lo haya eliminado definitivamente, se celebrará nuestro matrimonio —dijo, a guisa de despedida.

CAPÍTULO X

Apenas se hubo quedado sola, Myria, envuelta en el lienzo, saltó del lecho y corrió hacia una de las ventanas.

Miró hacia abajo. El rellano más próximo estaba a cincuenta metros de distancia, al final de una pared absolutamente vertical. La fuga por aquel lugar resultaba, por tanto, imposible.

Su cuarto, por otra parte, disponía de una puerta de recios tablones, que Myria supuso construidos después de su marcha de aquella ciudad. Era evidente que Karpatz no descuidaba detalle en sus planes de conseguir poder.

Desde su observatorio podía ver una buena parte del campamento. Los soldados trabajaban como activas hormigas. Gran parte de los daños habían sido reparados ya, aunque las tiendas quemadas y los edificios destruidos no habían sido repuestos todavía.

Treinta o cuarenta hombres llegaron volando con sus propulsores individuales. Otros tantos partieron de inmediato, dividiéndose ahora en patrullas de seis hombres cada una.

Buscaban a Dexter, presintió Myria.

¿Dónde estaba?

Por el momento, lo ignoraba. Pero tenía la absoluta certeza de que el joven acudiría a rescatarla.

Y si ello, por una parte, la consolaba, por otra la hacía sentirse muy deprimida, porque Karpatz le prepararía una trampa que le resultaría imposible eludir.

Si supiera cómo avisarle...

Karpatz había hablado acerca de su descendencia con facultades telepáticas. Myria no sabía hasta, el momento que poseyese tales facultades, pero se dijo que valía la pena intentar comunicarse con Dexter mediante el pensamiento.

Trató de concentrarse. Cerró los ojos y se aisló de cuanto la rodeaba.

«*Dexter, estoy bien. He hablado con Karpatz. Quiere hacerme su esposa. Sabe que vendrás a rescatarme y te tenderá una trampa. No vengas, permanece escondido; yo conseguiré escaparme algún día y volveremos a reunimos. Dexter, ¿me has comprendido? ¿Captas mis pensamientos? ¡Contesta, por favor!*»

Pero las esperanzas de la muchacha resultaron fallidas.

Dexter no contestó.

Desalentada, fue al baño. Tendría que buscar la manera de eludir el nada agradable destino que le reservaba Karpatz.



En aquellos instantes, Dexter se hallaba en lugar seguro, descansando, aunque con todos los sentidos en constante alerta.

El propulsor estaba al abrigo de una alta roca. Había desplegado la pantalla de carga y dejaba que el sol de Hjirinx repusiera la energía consumida por la batería del aparato.

Empezó a adormilarse. Una dulce languidez le invadió v cerró los ojos.

De repente, creyó oír una voz en el interior de su cerebro.

«Dexter...»

El joven se estremeció.

—¿Quién me llama? —exclamó maquinalmente.

Percibió varias frases aisladas. Era como una emisión de radio, de frecuencia irregular:

«Karpatz... hacerme su esposa..., te tenderá una trampa..., conseguiré escaparme... ¡Contesta, por favor!»

En un segundo, Dexter comprendió que Myria quería comunicarse con él por medio del pensamiento.

Concentro el suyo y trató de responder a la muchacha por el mismo método, pero no tenía la seguridad de haber conseguido su objetivo.

Al menos, había logrado entender en buena parte el mensaje telepático.

Karpatz quería convertir a Myria en su esposa. Sabía que Dexter intentaría el rescate y le tendería una trampa. Myria, por su parte, no quería que volviese a la ciudad de roca, por lo que intentaría escapar.

Pero conociendo a Karpatz, era fácil deducir que la tendría muy vigilada, por lo que la evasión resultaría imposible.

Por tanto, debía intentar el rescate.

Había otras cosas que era preciso hacer, además de rescatar a la muchacha. No sólo era preciso frustrar los planes de Karpatz, sino que también pensaba en cuatro desgraciados exploradores, a los cuales había sacrificado fríamente. Él había tenido la suerte de escapar entonces, pero si caía en manos de aquel desalmado, no viviría mucho tiempo más.

Hasta creía muy posible que Karpatz fuese el autor de la epidemia que había exterminado a la tripulación de la «*Retriever VI*». Esos crímenes, pensó, debían ser castigados inexorablemente.

Algo más tranquilo, decidió reposar su mente, ya que el cuerpo lo estaba consiguiendo, merced a la cómoda postura que había adoptado hacía rato. Mientras trataba de conciliar el sueño, empezó a buscar la idea que le permitiese entrar en la ciudad de roca, eludiendo la

trampa que le tenía preparada Karpatz.

Al cabo de un rato, se quedó dormido.



De pronto, sonaron voces en las inmediaciones.

—Estoy cansado de volar en balde —dijo uno.

—Lo ordena Duhurr —exclamó otro hombre.

—Bueno, pero, ¿es que no podemos tener algo de iniciativa? ¿Somos unos peleles o unas personas con discernimiento propio?

—Bien, sí, de acuerdo; pero, ¿qué es lo que pretendes?

—Descansar. Estoy harto de buscar a alguien a quien no encontraremos jamás.

—El Supremo ha decretado que la vida de ese hombre es un peligro para todos. ¿No recuerdas ya lo que hizo?

—Estoy cansado —insistió el otro—. No tengo ganas de discutir.

Dexter tenía el fusil en las manos. La pistola solar estaba en la funda, pero no quería utilizarla por el momento. Era un arma de gran potencia y convenía reservar su carga para la ocasión adecuada.

Cautelosamente, sin hacer el menor ruido, se arrastró bajo la vegetación, tratando de encontrar a los dos soldados que se habían detenido a poca distancia. Unos segundos más tarde los vio, recostados cómodamente sobre la hierba.

Los propulsores individuales estaban a un lado. Las armas yacían en el suelo. Inopinadamente, Dexter se puso en pie.

—Quietos —dijo.

Los soldados le miraron estupefactos.

—Estabas aquí —exclamó uno de ellos.

Dexter sonrió.

—Ya ves —dijo—. He oído vuestra conversación.

—Eres un hombre muy listo, ya lo dijo Ranur —manifestó el otro soldado.

—Ah, lo conoces.

—Sólo he hablado una vez con él. No se encontraba muy bien. Yo me llamo Tasos.

—¿Qué le sucedía a Ranur?

—Estaba muy cansado. Yo también —contestó Tasos.

—¿Y tú? —Dexter se dirigió al otro soldado.

—¡Psé! Puedo aguantar un poco todavía. Mi nombre es Lardal.

—Quiero haceros una pregunta —dijo Dexter—. ¿Hay alguna contraseña establecida para entrar por la noche en el campamento?

Tasos hizo un gesto negativo con la cabeza. Dexter se percató de que el soldado parecía de edad bastante avanzada.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—No lo sé —respondió Tasos, sorprendentemente.

Dexter se desconcertó. ¿Cómo podía emplear Karpatz a hombres de más de cuarenta años en sus planes de conquista? Lo lógico era conseguir soldados jóvenes, con empuje físico y ambición de conquista. Pero Tasos parecía incluso más viejo de los cuarenta años que aparentaba, y hasta escéptico y amargado.

—Está bien —dijo—. Lo siento, pero he de despojaros de vuestro equipo y armamento. Hay unos doscientos kilómetros hasta la ciudad de roca, aunque no es un obstáculo insalvable.

—¿Hemos de desnudarnos? —preguntó Lardal.

—Ahora mismo.

El fusil, empuñado firmemente, un dedo en su gatillo, era sobrada amenaza para que los soldados no obedecieran. Dexter hizo que Tasos y Lardal se separasen unos cuantos pasos.

—¿Hay alguna otra patrulla en las inmediaciones? —preguntó.

—No.

Varios disparos inutilizaron por completo los propulsores. De pronto, Tasos cayó al suelo, quejándose agudamente.

—Atiéndele, tú —ordenó Dexter.

Sospechaba pudiera tratarse de una trampa. Lardal se acercó al caído, pero, de repente, retrocedió como si hubiese visto un monstruo.

—¡Está envejeciendo! —chilló.

—¿Qué? —Dexter se acercó al caído y se horrorizó al ver que el pelo de Tasos blanqueaba a ojos vistas.

Al mismo tiempo, se formaban numerosas arrugas en la cara. En menos de un cuarto de hora, Tasos adquirió la apariencia de un hombre de ochenta años.

Diez minutos más tarde había muerto.

Para Dexter, era algo absolutamente incomprensible. De súbito, Lardal pareció enloquecer y huyó, lanzando agudos gritos.

Durante unos minutos, Dexter permaneció en el mismo sitio, reflexionando sobre el extraño fenómeno de senectud que se había producido en Tasos. Incluso llegó a pensar si no sería causado por alguna peculiar condición de Hjirinx, pero desechó la idea apenas concebida.

El mismo llevaba casi tres meses en el planeta y sus fuerzas físicas eran aún mayores que el día del aterrizaje.

Renunció a comprender el fenómeno. Quizá en el pueblo dormido encontraría la explicación.

En pocos minutos cambió de ropajes, poniéndose uno de aquellos uniformes. Por Lardal no podía hacer nada. Si lo que presentía era cierto, Lardal acabaría por morir de viejo en pocas horas.

«*Pero, ¿qué clase de ejército quiere organizar ese loco, con hombres*

que envejecen años en minutos?», se dijo, todavía asombrado por lo ocurrido.

Regresó al lugar donde había dejado su equipo. La carga del propulsor había sido repuesta ya. Instantes más tarde, se elevaba en el aire, rumbo a la ciudad de roca.



—La cena no es demasiado sabrosa, pero resulta nutritiva —comentó Karpatz.

—Sí, llena el estómago —contestó Myria, displicente.

—Quizá en Hammaryx se comen mejores alimentos.

—¿Tiene eso alguna importancia en estos momentos?

Karpatz se echó a reír.

—¿Estás resentida conmigo?

—No soy tu admiradora precisamente.

—Ya se te pasará. Todo es cuestión de tiempo.

—Dexter llegará antes —dijo ella, deseando que sus palabras no se hiciesen realidad.

—Es verdad, casi me había olvidado de él —Karpatz dirigió a la muchacha una mirada extraña—. Claro que tengo motivos para olvidarme de ese rebelde.

—¿Le llamas rebelde porque no se ha plegado a tus deseos?

—Es un modo de calificar su actitud. Pero no te preocupes por él. Está fuera de combate.

—¿Ya le has preparado la trampa?

—Sí. Hay soldados por todas partes. Le apresarán o le matarán antes de que llegue hasta aquí.

—Es curioso —dijo Myria—. ¿De dónde has sacado tantos soldados?

Una chispa de malicia brilló en los negros ojos de Karpatz.

—¿Te gustaría saberlo?

—Si no hay inconveniente...

—Oh, no, en absoluto. Para ti no puedo tener ningún secreto.

—Ya, no se pueden guardar secretos con la futura esposa, ¿verdad?

Karpatz soltó una estentórea carcajada.

—Veo que empiezas a plegarte a la situación —dijo—. Bien, ¿estás lista?

Myria se puso en pie. Ahora vestía una simple túnica, corta, debajo de la cual llevaba puestos unos pantalones que le llegaban a medio muslo. El medallón y el anillo continuaban, sin embargo, en el mismo sitio.

Salieron de la habitación y emprendieron el descenso por una escalera que bordeaba la empinada ladera de la montaña. Myria apreció que había soldados de trecho en trecho, todos ellos armados y vigilantes.

Minutos más tarde, entraron en una habitación. Al otro lado había una puerta, que Karpatz abrió mediante una llave que sacó de uno de los bolsillos de su traje.

—Entra.

Myria obedeció, hallándose de inmediato en un cubículo que medía algo más de dos metros de lado.

El suelo de aquella pequeña estancia se hundió de pronto.

—Es un ascensor —dijo Karpatz, satisfecho.

—Llevabas preparando esto desde hace mucho tiempo, ¿verdad?

—Años enteros. Pero no tenía demasiada prisa. Las prisas, a veces, resultan funestas.

—Claro, claro —dijo ella, irónica.

Momentos después, se detenía el ascensor. Myria calculó que en aquellos instantes se hallaban a cuarenta o cincuenta metros bajo el nivel del suelo exterior.

La puerta del ascensor se abrió. Myria se sintió llena de estupefacción al contemplar el increíble espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

CAPÍTULO XI

Dexter tomó tierra no lejos de un puesto de centinela y se quitó el propulsor.

—Vienes solo —le dijo uno.

—Tasos se ha matado —contestó Dexter.

—¿Se llamaba así tu compañero?

—Sí. Falló su propulsor y cayó desde trescientos metros. ¿Todo bien por aquí?

—No —respondió el individuo—. Pasan cosas raras.

—¿De qué se trata?

—Hay muchos soldados cansados. Algunos han muerto, viejos repentinamente.

—¿Alguna epidemia?

El centinela se encogió de hombros.

—No lo sé. Los médicos investigan —respondió, displicente.

—¿Cuándo ha empezado la cosa?

—Hoy, esta tarde.

—¿Y no había ocurrido antes?

—No. Oye, ¿por qué te interesa tanto?

Dexter pensaba que también Tasos había muerto aquella tarde.

—Simple curiosidad —contestó, sonriendo—. No me gustaría que a mí me pasara lo mismo.

—Los médicos arreglarán esto —dijo el soldado, confiado.

—Ojalá —deseó Dexter. Pero sabía que la enfermedad de la senectud no tenía remedio.

Empezaba a comprender, al menos en parte, el procedimiento que Karpatz había empleado para aportar doscientos o más soldados diarios.

Y la artificialidad del procedimiento estaba dando unos resultados que su autor no había sido capaz de imaginar, o, simplemente, no había previsto.

—Tengo que ver al general Kitomnir —dijo.

—¿Kitomnir? No le conozco —manifestó el centinela.

Era un nombre inventado por Dexter.

—El comandante de tu batallón, al menos, podría haberte informado de la existencia de ese general —dijo el joven, un tanto despectivo—. Kitomnir estará en el cuartel general, claro.

El brazo del centinela se tendió hacia un punto.

—Entonces, allí —señaló.

—Gracias. Ten cuidado con el espía.

—¿Qué esp...? Ah, sí, es verdad, lo había olvidado. No temas, no

aparecerá por aquí.

Dexter soltó una risita.

—Actuó con gran audacia el otro día, pero no se atreverá a repetir la incursión —mintió.

—Eso espero.

De repente, se produjo un fuerte alboroto en las inmediaciones.

Varios hombres corrieron hacia un lugar en donde uno se revolcaba por el suelo, gritando como un poseso. El centinela se sintió inquieto.

—Otro atacado por la enfermedad de la vejez —dijo.

—¿Cuándo has llegado tú a este campamento? —preguntó Dexter.

—Seis semanas..., cuarenta y siete días exactamente.

—Gracias.

Dexter se acercó al lugar donde se había producido el jaleo. Un médico estaba arrodillado junto al enfermo.

—No hay nada que hacer —dijo el galeno.

—Doctor —llamó Dexter.

El médico alzó la cabeza.

—¿Sí?

—Pregúntele, por favor, cuánto tiempo lleva en el campamento.

—¿Tiene eso algo que ver?

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí, doctor?

—Cinco semanas, aproximadamente. —El médico se inclinó de nuevo sobre el enfermo e hizo la pregunta que Dexter le había aconsejado. Oyó la respuesta y se irguió con el rostro lleno de sombras —. Hace unos sesenta días que está aquí —declaró.

—¿Ha atendido usted, por casualidad, a un soldado llamado Ranur?

—Sí, hace un par de horas. Ha muerto ya.

—De viejo.

—En efecto. Era uno de los que más tiempo llevaban en el campamento.

—Doctor, usted no sabe cómo ha llegado a este lugar, ¿verdad?

—No. Me trajeron y... Pero, ¿qué tiene eso que ver con lo que está ocurriendo?

—¿Dónde ha estudiado usted? ¿En qué universidad le dieron el título?

El médico se pasó una mano por la frente.

—Es curioso —murmuró—. Sé que poseo conocimientos de medicina, pero no me siento capaz de recordar...

Dexter se alejó. En el fondo, sentía pena de aquel desgraciado.

El médico, como todos los soldados del ejército que Karpatz había creado, estaban irremisiblemente condenados a muerte. Ninguno

llegaría a los tres meses de vida.

Los que morían eran los que llevaban más tiempo alistados. Ranur, como el desdichado que ahora agonizaba, muriéndose de viejo, había sido uno de los más veteranos. Ocurría algo extraño, que aceleraba increíblemente el proceso de la existencia, pero Dexter no sabía hallar por el momento ninguna explicación congruente para el extraño fenómeno.

Con paso mesurado, se encaminó hacia la base de la escalinata principal, por donde debía de hallarse el cuartel general en donde estarían los altos oficiales de aquel ejército.

Confiaba en no encontrar demasiados obstáculos. El desconcierto y la confusión en el campamento eran demasiado grandes, sin necesidad de que él hubiese levantado un solo dedo para provocar aquel estado de cosas.



El sótano era enorme, sostenida su bóveda a trechos regulares por gruesas columnas de piedra. Myria calculó que no mediría menos de quinientos metros de largo por la mitad de ancho. La distancia al techo no era inferior a los diez metros.

Había un perfecto sistema de aireación y de climatización ambiental. La temperatura, calculó, era de 22°.

Una de las paredes más largas estaba ocupada por una especie de armario inmenso, de tres pisos, en el que se veían infinidad de compartimientos, muchos de ellos ocultos por cortinas. Otros estaban al descubierto, aunque protegidos por mamparas de vidrio.

Había también algunas máquinas y un par de calculadoras. Myria calculó que la construcción, montaje e instalación de toda aquella serie de aparatos, había costado una gran cantidad de tiempo. Había que pensar también en el transporte, en el personal auxiliar, la fabricación de piezas, tras un cuidadoso diseño.

Karpatz sonreía, como gozándose de la estupefacción que aparecía en el rostro de la joven.

—Y bien, ¿qué le parece?

—¿Para qué sirve todo esto? —preguntó ella.

—Aquí se producen los soldados que forman mi ejército.

—¿Ha dicho «producen»? ¿Acaso son seres artificiales?

—Oh, claro que no. Pero venga, por favor.

Myria siguió a Karpatz, quien se acercó a uno de los cubículos y, tras un instante de examen, abrió una cortina. Myria pudo ver a un hombre y una mujer, apaciblemente dormidos, abrazados en el lecho.

—Esposos —dijo ella.

—Sí, se les puede dar ese nombre. Hoy ha concebido la mujer un niño. Nacerá dentro de dos días.

Myria se aterró.

—Eso es imposible. Se necesitan…

—¿Nueve meses? —Karpatz se echó a reír—. Es un procedimiento demasiado anticuado y lento, como es de suponer. Antes de una semana, esa mujer volverá a tener otro hijo.

—Pero eso es inhumano…

—Lo necesito —dijo Karpatz, fríamente.

—Podía haber empleado robots.

—Demasiado caro y costoso en metales y piezas de precisión. El ser humano es infinitamente más preciso y más barato de obtener. Venga, venga…

Aturdida, Myria siguió a Karpatz, quien se detuvo a poco ante otro armario, en el que se veía a un niño de pocos meses, con un casco metálico en la cabeza. El niño dormía tranquilamente.

—Espere cinco minutos —rogó Karpatz.

Myria se sentía atónita. En aquel breve espacio de tiempo, el niño creció medio palmo y tomó el aspecto correspondiente al de un chiquillo de cinco o seis años. El casco aumentó de tamaño por sí solo, a medida que se producía el crecimiento del niño.

—Mañana, a estas horas, será ya un soldado debidamente instruido y con la suficiente capacidad de combatir donde se le ordene —dijo Karpatz.

—Cuando salen de aquí, saben ya manejar un fusil y el propulsor individual —adivinó ella—. Pero los primeros que vimos usaban arcos y flechas.

—Aún no disponía de fusiles.

—Ya entiendo. Oiga, ¿todos los nacimientos son de varones?

—Claro que no; también nacen niñas.

—Y a ellas las hace crecer aceleradamente para que se casen y tengan hijos.

Karpatz meneó la cabeza.

—No. Por alguna razón que aún no he podido saber, las niñas crecidas aceleradamente son estériles. En consecuencia, destruyo a las recién nacidas.

Myria se horrorizó.

—Las mata —exclamó.

—Las destruyo —insistió él—. Sólo pueden tener hijos las mujeres que pertenecían al pueblo dormido.

—¿Había muchas?

—Unas dos mil. Ahora bien, después del nacimiento de su tercer hijo, permito que descansen tres o cuatro semanas. Luego vuelven a tener tres hijos o más, según el estado personal de cada una.

—Los soldados, calculo, aprenden el manejo de las armas en sueños.

—Como tú —rió él—. Bueno, yo me refería a las cosas que te enseñé para que gobernases este mundo a mi lado.

—Sí, las voy recordando poco a poco. Es de suponer que la mayor parte del tiempo se le fue en preparativos.

—Efectivamente, pero cuando empecé a actuar, lo hice con gran rapidez. Y me da buen resultado, creo.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué hace todo esto?

—Querida, la gente que componía el pueblo dormido se creían una casta superior, y, en cierto modo, lo eran. Por eso mismo consiguieron ser los únicos supervivientes de la plaga que asoló el planeta. Y como yo me enteré por la lectura de las inscripciones murales y otras investigaciones, decidí que ellos me ayudarían de buen grado. Seguirán siendo casta dominante, con notables privilegios.

—Y un gran número de esclavos, que serán los soldados.

—Exactamente.

—¿No temes que se rebelen algún día?

—Imposible. Durante el sueño reciben claras nociones de las personas a quienes deben respetar y obedecer. Esas órdenes, incrustadas indeleblemente en las capas más profundas de su cerebro, no pueden ser violadas jamás.

En aquel momento se abrieron varias puertas de vidrio. Cinco o seis hombres salieron y caminaron rítmicamente, guiados por uno de los auxiliares que se hallaban en el subterráneo.

—Afuera les asignarán una unidad combatiente y les proporcionarán armas y equipo —dijo Karpatz.

—Odin, me pregunto por qué tanto ingenio, tantos conocimientos, tantos esfuerzos no han sido aplicados al bien. ¿Por qué, en lugar de soldados, no hiciste que nacieran hombres pacíficos, operarios, especialistas, técnicos…?

Karpatz se echó a reír.

—¿Me tomas por tonto? —exclamó—. En tal caso, no hubiera podido realizar mis sueños. Con algunos médicos, tengo bastante para ello.

—Tus sueños de grandeza.

—Llámalo como quieras, pero no olvides que tú también formas parte de mis proyectos.

—¿Harás que mis hijos nazcan dos días después de su concepción? —preguntó Myria, casi belicosamente.

—Tus hijos, que serán los míos, nacerán de una forma corriente y con todas las garantías de seguridad. Recuerda lo que te dije: serán telépatas y…

Karpatz se interrumpió de pronto. Alguien se le acercó, dando muestras de viva agitación.

El recién llegado hizo señas de que quería hablarle a solas.

—Discúlpame, Myria —dijo Karpatz.

Ella vio a los dos hombres hablar rápidamente. De pronto, apreció una intensa palidez en el rostro de Karpatz.

—¡Eso es imposible! —gritó.

—Señor, se han producido ya decenas de casos.

—Tráeme un ejemplar, pronto; quiero examinarlo yo en persona.

—Sí, señor.

El hombre se alejó hacia el ascensor. Karpatz quedó en el mismo sitio, pálido y profundamente conturbado.

Myria soltó una risita.

—Algo va mal, ¿eh? —dijo burlonamente.

Karpatz le dirigió una colérica mirada.

—Se ha producido un pequeño fallo, pero lo corregiré —respondió.

CAPÍTULO XII

De pronto, Dexter vio a dos soldados que transportaban en unas angarillas el cuerpo de uno de los muertos por senectud.

Había visto a otros cadáveres y todos se los llevaban fuera del campamento. ¿Por qué aquel, precisamente, era conducido al pináculo de roca?

Una idea se le ocurrió en el acto. Corrió hacia la camilla y se situó junto al soldado que marchaba en la parte trasera.

—Estás cansado —dijo—. Vete y reposa.

—Sí, gracias —contestó el otro.

Delante de la camilla iba un hombre, tan preocupado al parecer, que no se dio cuenta de la sustitución. El individuo guió a los camilleros y a su carga hasta la entrada de un túnel situado a la altura de la primera explanada.

Dexter notó que caminaban cosa de cien metros. Luego, con los otros, penetró en un amplio ascensor, que se hundió en el subsuelo rápidamente.

Momentos después, aparecían en el subterráneo. Dexter contuvo un grito de alegría al ver a Myria en aquel lugar.

Karpatz estaba también y no menos preocupado que su ayudante.

—Déjenlo sobre esa mesa —ordenó.

Dexter confió que el casquete de uniforme que llevaba puesto ocultase o alterase en parte sus facciones. Karpatz, por otra parte, no estaba para fijarse en las caras de los demás.

El cadáver quedó situado sobre una mesa de operaciones. Myria contuvo el aliento al ver que se trataba de un hombre de más de cien años de edad.

Karpatz se acercó a la mesa. Los dos soldados permanecían respetuosamente a un lado. De pronto, Myria se dio cuenta de que uno de los soldados la miraba con extraña intensidad.

Casi en el mismo momento, sintió un golpe en el pecho. Haciendo un considerable esfuerzo, consiguió ahogar el grito que ya estaba a punto de brotar de su garganta.

Dexter le guiñó un ojo. Myria inspiró con fuerza, tratando de que su pulso recobrase el ritmo normal.

—No lo comprendo —dijo Karpatz—. Tiene más de cien años, aparentemente, pero no hace ni tres meses que ha nacido. ¿Por qué?

—El acelerador fisiotemporal, señor —dijo el ayudante.

—¿Tú crees, Wanahoo?

—Sí, señor. Quizá conviniera reducir el ritmo a la mitad.

—Perderíamos demasiado tiempo.

—Entonces, señor, temo que todos tus soldados están condenados a muerte.

—¡No! —gritó Karpatz, descompuestamente.

—Sí, porque los efectos del acelerador prosiguen después de que el soldado ha salido de este lugar. Es una especie de inercia que hace continuar la aceleración fisiológica, incluso después de que el sujeto se halla fuera de este lugar. Naturalmente, el movimiento temporal exterior en el organismo humano es algo más lento, dado que no está sujeto a la influencia del acelerador fisiotemporal, pero no por ello menos efectivo. AI final, en dos o tres meses como máximo, sobreviene la vejez y la muerte por senilidad.

Después de aquellas palabras, se produjo un silencio absoluto.

Karpatz tenía los ojos clavados en el rostro de su ayudante Wanahoo, que no era precisamente quien había pronunciado aquel pequeño discurso.

Al fin, la comprensión entró en la mente de Karpatz y se volvió hacia uno de los dos soldados.

—¡Dexter Duane! —gritó.

—Yo mismo —confirmó alegremente el mencionado.



Había rabia y furor en las contraídas facciones de Karpatz.

—Ha conseguido burlar mi cordón de vigilancia.

—Ya ve, profesor, aquí me tiene. Usted predijo que vendría y ha acertado

—Ha venido a morir, Dexter.

—Cuidado —dijo el joven—. Todavía estoy vivo.

—Pero no por mucho tiempo.

—Yo no he nacido en un acelerador, o con un acelerador actuando sobre mi organismo, como sea que funcione ese trasto. Pero sí sé que los resultados finales son catastróficos. Wanahoo podría decírselo con toda claridad: los soldados mueren como moscas, y precisamente, por lo que he podido deducir, los que tienen más edad. O los que salieron antes de este lugar.

Karpatz calló, como abrumado por aquel hecho, que parecía irremediable.

—Es cierto, señor —confirmó Wanahoo—. Los soldados más veteranos mueren indefectiblemente. La primera muerte se produjo esta tarde y no han cesado hasta ahora.

Karpatz se volvió hacia el joven.

—¿Cómo lo supo usted? —inquirió.

—Tuve un encuentro esta tarde con una patrulla. Eran dos y los

desarmé con facilidad, merced a la sorpresa. Uno de ellos me pareció de edad bastante avanzada para ser un soldado y decía estar muy cansado, cosa que ya había oído en otra ocasión. De pronto, cayó al suelo y empezó a envejecer a ojos vistas. Murió en menos de veinte minutos, con una edad fisiotemporal de ochenta o noventa años.

—La inercia del acelerador —murmuró Karpatz.

—Sí, es algo que no se puede evitar. Y créame, lo celebro infinito, porque eso dará al traste con los planes de un asesino.

—Yo no...

—Usted mató a Julve, porque tomó una fotografía de aquella lápida. ¿Quién o quiénes están enterrados allí? ¿Miembros de la tripulación de la «Atenas», la astronave desaparecida misteriosamente y de la cual no se ha vuelto a saber jamás nada? Quizá fue usted mismo el que los asesinó y los sepultó aquí, en Hjirinx, aunque me imagino nadie supo que era usted el asesino. Por tanto, tuvo que tolerar que alguien colocara allí aquella losa funeraria. Y más tarde, cuando sus cómplices, conscientes o inconscientes, dejaron de serle útiles, los hizo desaparecer también. ¿Cuándo sucedió eso, profesor? ¿Cuándo tuvo reunidos aquí todos los pertrechos? ¿Qué pasó con la «Atenas»?

—Explotó —dijo Karpatz, lacónicamente.

—Pero usted no estaba ya en la nave.

—Me tiene aquí, ¿no? —dijo el profesor, un tanto irónico.

—Sí, seguramente, después de haberse hecho pasar por un náufrago del espacio. Por eso logró subir a la «*Retriever VI*» en Sharm XXX, aunque muy bien recomendado, a lo que parece. Tal vez, en la Tierra, hay un político con influencias, que espera sacar una buena tajada del botín que es Hjirinx. Esto, sin embargo, carece de importancia. Hay otras cosas de mucho mayor interés. ¿No le parece así, profesor?

—¿Por ejemplo?

La mano de Dexter trazó un amplio semicírculo.

—Esto —dijo—. En resumidas cuentas, no obstante, no le ha servido de nada. ¿De qué le ha servido crear un ejército cuyos miembros pueden vivir solamente y en el mejor de los casos tres meses? Tanto gasto, tanto derroche de material, los crímenes cometidos..., ¿de qué le han servido, profesor?

La cara de Karpatz era una mueca de rabia infinita. Dexter, acusador, continuó:

—Había dos hombres cuyas mentes eran más fácilmente influenciables que la mía y la de Jimmy Corrigan: Ormson y Wood. Los tres han muerto? Wood mató a Ormson y a Jimmy, sugestionado por usted, y luego, cuando se dio cuenta de la enormidad de su acción, se lanzó al vacío. Pero el único culpable es usted, Karpatz.

—¿Qué tribunal me juzgará? —preguntó el sujeto, arrogantemente.

—¡Un momento!

El soldado que había hecho de camillero tenía la mano derecha levantada, como pidiendo permiso para intervenir.

—¿Es cierto que todos vamos a morir de viejos en menos de tres meses? —preguntó.

—Sí. ¿Cuánto tiempo hace que naciste?

—Siete semanas.

—Te quedan cuatro o cinco de vida —dijo Dexter.

Los ojos del soldado se inflamaron de súbito.

—Entonces, ¿por qué me ha hecho nacer, para darme una vida tan corta? —gritó, frenético.

Karpatz se sorprendió de aquella pregunta, hecha en un tono descompuesto, que indicaba la cólera que poseía al soldado. De pronto, éste sacó su espada y se tiró a fondo.

Se oyó un terrible alarido. El gesto había sido muy rápido y nadie tuvo tiempo de evitarlo.

Karpatz se puso ambas manos en el estómago, de donde brotaba un caño de sangre. Volvió a gritar y, de pronto, giró sobre sus talones y se vino de bruces al suelo.

El soldado huyó, lanzando espantosos gritos, enloquecido completamente. Ninguno de los espectadores de la horrible escena se atrevía a pronunciar una sola palabra.

De pronto, Wanahoo saltó hacia adelante y agarró a Myria por un brazo.

—Ella es nuestra diosa —gritó.

—¡Suéltala! —ordenó Dexter.

—No me importa lo que le haya pasado a Karpatz. Tenemos elementos y materiales. Fabricaremos soldados que vivan normalmente.

—Ya —dijo el joven—. Surge de nuevo el espíritu de casta.

—Así es. Fuimos los únicos en averiguar el secreto de la hibernación y sabíamos que alguien nos despertaría un día, para darnos de nuevo el lugar que merecemos ocupar. Ella será la diosa que dicen las leyendas.

—Me parece que Myria no lo va a tolerar —dijo el joven.

—Prefiero ser una mujer normal —exclamó ella.

Wanahoo tiró de su brazo. Entonces, Myria le tocó con el anillo.

Se oyó un grito ahogado, de brevísima duración. Un instante después, Wanahoo se convertía en humo.

—Salgamos, Myria —dijo Dexter.

Corrieron al ascensor y alcanzaron la explanada. La luz de los tres satélites iluminaba terribles escenas de saqueo y confusión. De vez en

cuando, sonaban algunos disparos. Ardían algunas tiendas y se veían numerosos cuerpos tendidos por el suelo.

Dexter sacó su pistola solar y la empuñó resueltamente. La utilizaría sin vacilar, si era necesario.

Pero nadie les atacó. Los soldados estaban demasiado ocupados en sí mismos, para fijarse en la pareja.

De repente, cuando ya habían llegado al suelo, Myria se volvió.

—¿Qué haces? —preguntó Dexter.

—Aguarda un momento.

Dexter vio que la muchacha forcejeaba para sacarse el anillo. Al conseguirlo, se volvió hacia él y le miró con ojos brillantes.

—Supongo —dijo— que el traje de ceremonia y las demás joyas fueron halladas por Karpatz en el curso de alguna de sus exploraciones. También debió de encontrar este anillo, pero ignoraba sus propiedades.

—Sin embargo, tú sabías algo.

—Sí, aunque yo creía que la piedra cortaría el vidrio simplemente. Pero no es así. No sé de dónde le vienen esas propiedades, y quizá no lo sepamos jamás, pero tampoco importa. Lo único cierto es que no lo quiero, no quiero nada que proceda de este mundo.

Y sin más, Myria echó el brazo atrás, tomó impulso y arrojó el anillo todo lo lejos que pudo.

Se oyó un fortísimo chasquido. La base de la pirámide empezó a humear.

Dexter se asustó y tiró de la muchacha. Los dos corrieron desolados, aunque no les pasó nada.

A unos cientos de metros, se volvieron. Entonces vieron que el pináculo de roca se disolvía en humo.

A la luz de los satélites resultaba un espectáculo fantasmagórico. Myria se sintió abrumada por la catástrofe que había provocado.

—No lo sientas —dijo él—. Los habitantes del pueblo dormido habían despertado, es cierto, aunque abrigo la sospecha de que su vida no iba a ser mucho más larga de la de sus soldados.

Un golpe de viento disipó el humo.

La ciudad de roca había desaparecido por completo, con cuanto había en su interior. Sólo quedaba ya una vasta explanada, por la que deambulaban como espectros algunos centenares de desgraciados, creados para la guerra y condenados irremisiblemente a una vida efímera.

Karpatz merecía morir, indudablemente, pensó Dexter. Pero, en todo caso, el pueblo dormido volvía ahora a dormir de nuevo, esta vez para siempre.



—Tenemos que correr el riesgo —dijo Dexter, días más tarde, ya de vuelta al antiguo campamento, donde habían escondido el coche—. Una vez que estemos en la nave, lanzaremos una llamada de socorro urgente.

—Sí, es una buena idea —aprobó la muchacha.

—Antes de entrar en la nave, de todos modos, nos embadurnaremos el cuerpo con desinfectante del que tenemos aquí. Inmediatamente, nos pondremos un traje espacial y…

Myria asintió. Dexter sonrió al contemplarla.

—Tengo ganas de conocer tu planeta —dijo.

—Y yo de conocer la Tierra —sonrió ella.

—Habrá tiempo para esos dos viajes.

Dexter hizo la llamada. A los pocos momentos, oyó una señal en la radio.

—¡Eh! —gritó alguien—. ¿Quién diablos hay por ahí abajo?

—¡Duane! —contestó el joven—. ¿Eres tú, Simón Walker?

—El mismo.

—Pero… creíamos que todos estaban muertos…

—Ha habido algo de trampa y Hansen tuvo mucho que ver con ello —contestó Walker—. Dijo que todos vosotros habíais muerto, pero hace unos días, se emborrachó y soltó la verdad. Estaba de acuerdo con Karpatz, aunque no sé muy bien para qué, Dexter.

—Te lo explicaré cuando estemos a bordo. ¿Murió Lawrence?

—Oh, no, ya se recuperó. No era más que un principio de apendicitis…

Dexter se echó a reír. Sí, resultaba lógico que Karpatz tuviese algún cómplice a bordo de la «*Retriever VI*».

—Eh, Dexter —llamó Walker.

—Dime, Simón.

—¿Qué has encontrado allá abajo?

El joven sonrió. Pasó un brazo por la cintura de Myria y contestó:

—Una esposa.

FIN